

6728

F. GAILLARDET y A. DUMAS

---

MARGARITA  
DE  
BORGOÑA

Drama en ocho actos

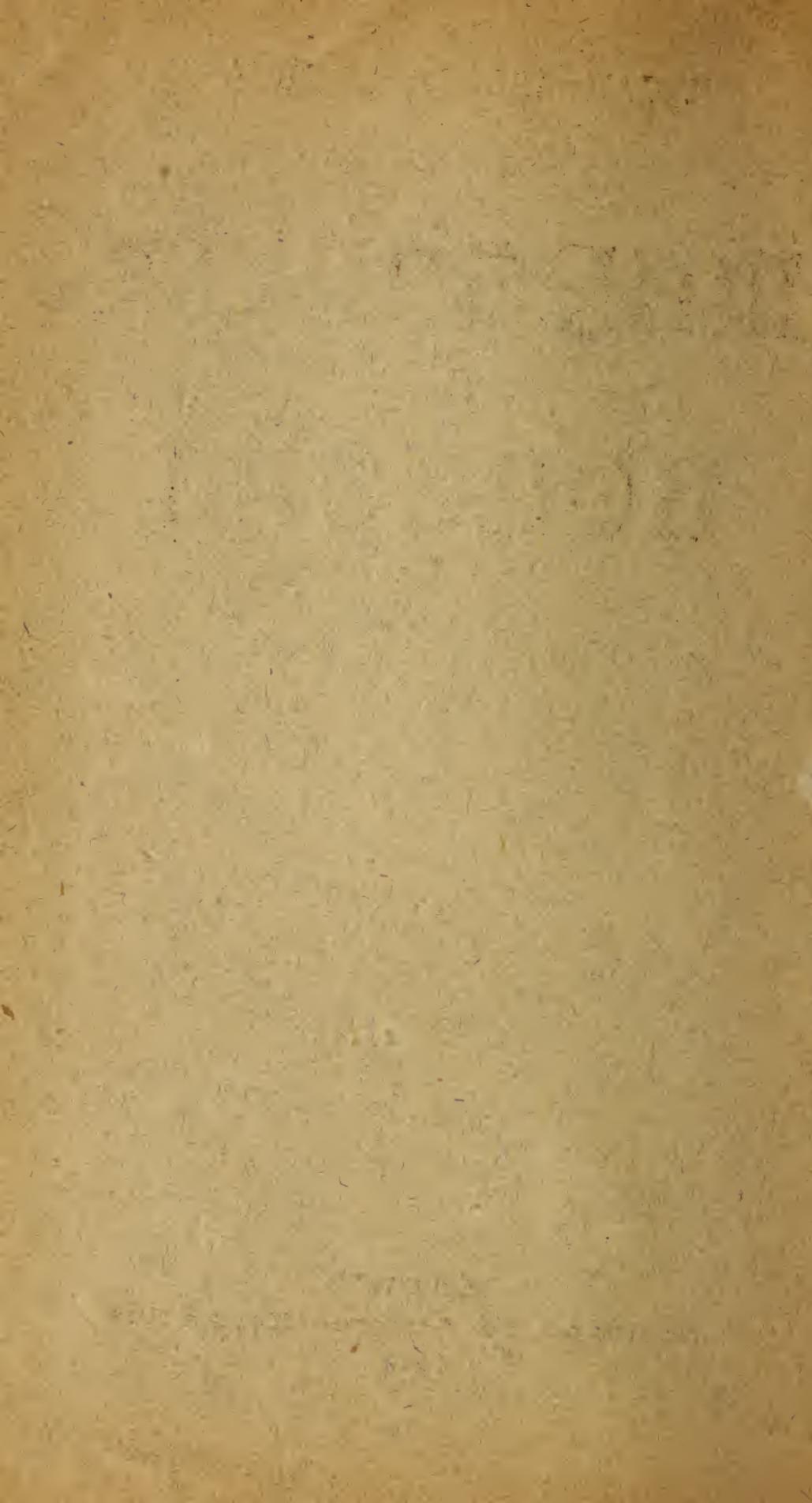
*Mer Casademunt*  


MADRID

Sociedad de Autores Españoles

1914

2



**Margarita de Borgoña**

---

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

---

# Margarita de Borgoña

DRAMA EN OCHO ACTOS

DE

F. GAILLARDET Y A. DUMAS

Arreglado del francés por

LUIS SUÑER CASADEMUNT



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1914



# REPARTO

---

## PERSONAJES

MARGARITA DE BORGONA

BURIDAN

FELIPE D'AULNAY

GUALTERO D'AULNAY

ORSINI

SAVOISY

PIERREFONDS

ENGUERRAN DE NARIGNY

LANDRY

RICARDO

SIMON

UN OFICIAL

UNA DAMA TAPADA

Caballeros, pajes, guardias y villanos

París, 1314

677055





## ACTO PRIMERO

---

Interior de la taberna de Orsini. Bravos y obreros sentados junto a dos mesas a la derecha. A izquierda, Felipe, solo, sentado junto a otra, escribiendo. Tiene un jarro de vino y un vaso encima de ella.

### ESCENA PRIMERA

FELIPE, RICARDO, SIMÓN, bravos, y luego, ORSINI y LANDRY

RICAR. (Levantándose.) ¡Ea, maese Orsini, tabernero del diablo, envenenador por partida doble! ¿será preciso llamarte por todos tus apellidos para que contestes?

ORSINI ¿Vino otra vez?

SIMÓN No, gracias; tenemos aún. Es mi amigo Ricardo, que desea saber cuántas almas ha recibido esta mañana Satanás, tu patrón.

RICAR. O, hablando más cristianamente: ¿cuántos cadáveres se han hallado hoy a la orilla del Sena, y al pie de la torre de Nestle?

ORSINI Tres.

RICAR. Es la cuenta. ¿Y los tres, sin duda, jóvenes, nobles y buenos mozos?

ORSINI En efecto, los tres.

RICAR. Lo de siempre. ¿Y además, llegados todos recientemente a París?

ORSINI Ninguno de ellos haría más de una semana.

RICAR. Es ésta una plaga que, al revés de la peste,

- se ceba en los nobles y los gentiles hombres, y deja la plebe tranquila.
- SIMÓN Gracias, tabernero: es todo cuanto deseábamos saber de ti; a menos que, con tu calidad de italiano y brujo, hayas descubierto también, y quieras decírnoslo, quién es el vampiro que necesita tanta sangre joven y noble.
- ORSINI Nada sé de eso.
- SIMÓN ¿Y por qué se encuentran siempre los cadáveres después de la torre de Nestle y nunca antes?
- ORSINI Tampoco lo sé. (Felipe llama con las manos.)
- SIMÓN ¿Que nada sabes? Déjanos tranquilos, y ve lo que desea de ti aquel caballero que acaba de llamarte. (Felipe vuelve a llamar.)
- ORSINI ¡Voy!... (Acercándose a Felipe.) ¿Qué desea, caballero?
- FELIPE ¿Podría alguno de tus dependientes llevar este billete a su destino mediante estos dos sueldos?
- ORSINI ¡Landry! ¡Landry! (Aparece Landry.)
- LAND. ¿Qué se ofrece?
- FELIPE Toma estas dos monedas. Dirígete al Louvre, pedirás por el capitán Gualtero d'Aulnay, y le entregarás este billete.
- LAND. Al momento. (Vase.)
- RICAR. ¿Visteis el cortejo de Margarita y sus dos hermanas, las princesas Blanca y Juana?
- SIMÓN ¡Ya lo creo!
- RICAR. ¿Y has visto al capitán de su guardia, Gualtero d'Aulnay?
- SIMÓN ¿Si le he visto dices?... Estaba junto a mí cuando su caballo empezó a caracolear, poniendo los cascos de sus patas encima mis pies. Naturalmente, me pongo a gritar y pedir auxilio, y él, que lo montaba, por todo consuelo me dió...
- RICAR. ¿Un escudo de oro?
- SIMÓN Me dió con el pomo de su espada en las narices, llamándome hampón por añadidura.

- RICAR. ¿Y tú, no hicistes nada al caballo ni al caballero?
- SIMÓN En cuanto al caballo, le hundí tres pulgadas de mi daga en un hjar, y se fué desangrando; y en cuanto al que lo montaba, le llamé bastardo, mientras se alejaba jurando.
- FELIPE ¿Quién dice que Gualtero d'Aulnay es un bastardo?
- SIMÓN Yo.
- FELIPE Mientes a boca llena, rufián (Le tira el cubilete y los otros se levantan.)
- SIMÓN ¡A él, muchachos! (Los villanos echan mano a sus dagas y atacan a Felipe.)
- TODOS ¡Muera el noble! ¡El gentilhombre!... el caballerito...
- FELIPE (Desenvainando la espada.) Ved que está mi espada mejor templada, y tiene mayor alcance que vuestros aceros.
- SIMÓN Pero somos todos contra uno.
- FELIPE ¡Atrás! ¡todos!
- TODOS ¡Muera!... ¡Muera! (Lo rodean, Felipe se defiende, cuando aparece Buridán por el foro.)

## ESCENA II

Dichos. BURIDÁN y luego ORSINI. El primero deja la capa, y, al apercibirse de la lucha, desenvaina el acero

- BUR. ¡Diez contra uno! Diez truhanes contra un gentilhombre. Sobran cinco. (Los hiere por detrás.)
- TODOS ¡La ronda!... ¡Que nos prenden! (Cesa la pelea.)
- BUR. Posadero del diablo, cierra la puerta para que ninguno de estos tahures alborote el barrio. ¿No es cierto que la culpa es toda vuestra?
- TODOS Sí, lo es.
- BUR. Pues aquí no ha pasado nada; volved cada cual a vuestro sitio, y no hablemos del

- asunto. Y nosotros (A Felipe.) sentémonos también. (A Orsini.) Di a Landry que nos traiga unas botellas.
- ORSINI Tendré el gusto de servirlos yo mismo, pues Landry ha salido a cumplir una misión que le ha confiado este joven caballero.
- BUR. Como quieras, pero despacha. (A los truhanes.) ¿Hay alguien que hable ahí por lo bajo?
- SIMÓN No señor.
- RICAR. Nadie.
- FELIPE Por mi patrón, caballero, que a vuestro auxilio debo el haberme salvado de un mal paso, y no lo olvidaré, por si algún día puedo demostraros mi agradecimiento.
- BUR. Esta es mi mano.
- FELIPE Va en la mía el corazón.
- BUR. Pues ya no hay más que decir. (Orsini pone una botella y dos vasos, Felipe y Buridán los llenan y beben.) Y a vuestra salud. Llévales también a esos perillanes un par de botellas para que beban a la nuestra. (Orsini lo hace.) Esta es la primera vez, joven soldado, que os veo en la veneranda taberna de maese Orsini. Seguramente seréis recién llegado en la noble villa de París.
- FELIPE Hará como unas dos horas; el tiempo para presenciar el desfile del cortejo de la reina Margarita.
- BUR. Reina, no lo es aún.
- FELIPE Pero lo será pasado mañana, puesto que pasado mañana llega de Navarra, para suceder a Felipe el Hermoso, nuestro monarca Luis X, y yo me he aprovechado de su advenimiento al trono para regresar de Flandes, donde hacía la guerra.
- BUR. Y yo de Italia, donde también hacía lo mismo. Al parecer, nos traen a los dos idénticos motivos.
- FELIPE Yo vengo en busca de fortuna.

BUR. Como yo. ¿Y con qué medios contáis para conseguirlo?

FELIPE Mi hermano hace seis meses que es capitán de la guardia de la reina Margarita.

BUR. ¿Se llama...?

FELIPE Gualtero d'Aulnay.

BUR. Tenéis, pues, ya vuestra fortuna asegurada, desde el momento que la reina no sabe negar a vuestro hermano cosa alguna.

FELIPE Así lo aseguran. Ha poco le he escrito anunciándole mi llegada y diciéndole que le aguardo aquí.

BUR. ¿Entre esta gentuza?

FELIPE ¿Qué importa?

BUR. (Al ver que todos han desaparecido.) ¡Calle...! Han desaparecido todos.

FELIPE Mejor; así podremos hablar sin temor a que nos oigan. ¿Decidme ahora si es indiscreción preguntar vuestro nombre?

BUR. ¿Mi nombre? Diréis mejor mis nombres, pues tengo dos: uno, que es el que llevo desde que vine al mundo, y que no uso jamás; otro, que es el de guerra, y por el cual se me conoce.

FELIPE ¿Cuál me diréis?

BUR. El de guerra: Buridán.

FELIPE ¿Buridán? Y tenéis conocimientos en la corte?

BUR. Ni uno.

FELIPE ¿Cuáles son, pues, los medios con qué contáis?

BUR. Con franqueza... ¡no cuento más que con ésta! (Señala la frente.) y con éste. (Se toca el corazón.)

FELIPE Contáis con vuestra buena cara y con el amor. No os falta razón. (Orsini arregla las mesas, vasos y botellas, escuchando disimuladamente.)

BUR. A decir verdad, cuento también con algo más; tengo la misma edad que la reina, y soy paisano suyo. Fuí en otro tiempo paje del duque Roberto, su padre, que murió asesinado. Entonces la reina y yo vendría-

- mos a tener, entre los dos, la edad que ahora tengo yo solo.
- FELIPE ¿Qué edad es ahora la vuestra?  
BUR. Treinta y cinco años.
- FELIPE ¿De manera que creéis?...  
BUR. Que, gracias a un secreto que de ella poseo, labraré mi perdición o mi fortuna.
- FELIPE Buena suerte pues.  
ORSINI (¿Paje del duque Roberto, y un secreto de Margarita?... ¿Qué será?)
- BUR. Lo mismo os digo.
- FELIPE No creo que se me presente mal, a juzgar por cierta aventura que me deparó la suerte.
- BUR. ¿Aventura?  
FELIPE Oídme. Una vez presenciado el desfile del cortejo, observé que me seguía una tapada. He acertado mi paso, cuando ella lo precipitaba para llegar hasta mí, y, apoyándose en mi brazo, me ha dicho: «Joven caballero: una hermosa, a quien le place la gente de armas se ha enamorado de vuestro continente. Si sois tan bravo como joven y gallardo, y tan confiado como bravo, que nada os importe afrontar un peligro para llegar a su corazón.» «Una palabra—le he contestado:—¿es joven y bella?» «Es joven—me ha repetido,—bella, y os aguarda esta noche.» «¿Qué he de hacer para llegar hasta ella?» Aguardad—me ha dicho— a la hora del toque de cubre fuego, en el recodo de la calle de Froid-Nantel; un hombre se os acercará diciendos estas palabras: «Vuestra mano». Le mostraréis esta sortija que os entrego, y le seguiréis. Adiós, valiente joven: amor y audacia.» Y entregándome éste anillo, ha desaparecido de mi vista.
- BUR. ¿Y acudiréis a la cita?  
FELIPE Por mi patrón que no pienso faltar.  
BUR. Amigo mío, os doy mi enhorabuena. Cuatro días hace que paseo París, y, a excepción de Landry, que es una vieja amistad,

de mis campañas, no he visto una cara conocida, ni a quien la mía llamara la atención. ¡Vive Dios! no es que sea mi edad la que me aparte aún de las aventuras, ni soy tampoco tan feo que me haga renunciar a ellas. (Orsini ha desaparecido.)

### ESCENA III

Dichos y una tapada

- DAMA (Tocando la espalda de Buridán.) Señor capitán.  
BUR. ¿Qué hay, prenda?  
DAMA Debo deciros dos palabras en secreto.  
BUR. ¿Y por qué en secreto?  
DAMA Porque, como he dicho, son dos las palabras, y sólo dos deben de ser dos, los oídos las escuchen.  
BUR. Perfectamente. Tomad mi brazo, interesante desconocida y decídmelas. (Apartándose se dice a Felipe:) Perdonad, amigo mío.  
FELIPE No hay de qué. Despachad.  
DAMA Una dama, a quien le placen las gentes de armas se ha enamorado de vos. Si sois tan bravo y confiado como bravo...  
BUR. Sólo puedo deciros que durante quince años he guerreado con los italianos, que son la peor gente conocida; que durante esos quince años hice el amor a las italianas, que son lo más taimado y ladino que conocí, y sin embargo, jamás rehusé ni un lance ni una cita, con tal que calzaran espuelas los primeros y fuesen bonitas y jóvenes las segundas.  
DAMA Es también joven y bonita.  
BUR. No hay más que hablar.  
DAMA Y os aguarda esta noche.  
BUR. ¿Dónde y a qué hora?  
DAMA Frente a la segunda torre del Louvre, y a la hora de la queda.  
BUR. Allí estaré.

- DAMA Un desconocido se acercará a vos, diciéndoos: «¿Vuestra mano?» Vos le mostraréis esta sortija, y le seguiréis sin decir palabra. (Vase.)
- BUR. ¿Es un lazo o una broma?
- FELIPE ¿Decíais?...  
BUR. De esta tapada.  
FELIPE Hablad.  
BUR. Me ha dirigido idénticas palabras que a vos os han sido dirigidas.  
FELIPE ¿Una cita?  
BUR. Como la vuestra.  
FELIPE ¿Y una sortija?  
BUR. Exactamente igual a la que os entregaron también.  
FELIPE ¿A ver?  
BUR. Vedla.  
FELIPE ¡Es misterioso! ¿Y pensáis acudir?  
BUR. Sin duda alguna.  
FELIPE Tal vez sean dos hermanas.  
BUR. Mejor, seremos cuñados.

#### ESCENA IV

Dichos; LANDRY, que conduce a GUALTERO

- LAND. Por aquí, caballero.  
FELIPE ¡Ah! ¡Gualterol... ¡hermano mío!  
GUAL. ¡Tú, Felipe!... ¿eres tú? ¡tú mismo! (se abrazan.)  
FELIPE Sí, yo soy. No me olvidaste, ¿verdad?  
GUAL. ¿Puedes suponerlo, cuando eres mi otra mitad? ¡Abrazame! ¿Quién es este caballero? (Por Buridán.)  
FELIPE Un amigo de hace sólo una hora y que acaba de prestarme un servicio del que me acordaré toda mi vida. El me ha librado de las manos de unos truhanes, a los cuales apostrofé, después de tirarles un cubilete a la cabeza en castigo de haberse atrevido a insultar tu nombre.

GUAL. Gracias por él y por mí. Si Gualtero d'Aulnay, tal vez puede servirnos para algo; aun cuando se hallara en oración ante el sepulcro de su madre, a la que me permita Dios conocer algún día; aun cuando me hallara a los pies mismos de mi amada, me bastaría si escuchase vuestra voz, y os ofrecería mi vida y mi sangre, si de ambas cosas necesitarais, del mismo modo que os ofrezco mi mano de amigo.

BUR. Lo mismo os digo al daros la mía.  
FELIPE Capitán, no debéis extrañar nuestro fraternal cariño, pues ni a él le unen otros vínculos en el mundo que los míos, ni otros tengo yo tampoco más que los suyos. Somos gemelos, ignoramos quiénes pudieron ser nuestros padres, y no tenemos otra señal que nos oriente a los dos, que una cruz trazada en nuestro brazo izquierdo; juntos fuimos abandonados a la puerta del templo de Nuestra Señora; juntos padecemos hambre y frío; el calor de uno servía para mitigar el frío del otro, y con un mismo mendrugo apagábamos el hambre de los dos.

GUAL. Desde entonces, nuestra más larga ausencia jamás pasó de medio año, y si él llegara a morir, moriría también yo, porque así como el uno debió venir al mundo sólo unas horas antes que el otro, así también sólo horas hemos de sobrevivirnos. Estamos persuadidos de que así está escrito nuestro destino, y es tal nuestra convicción, que nos pertenecen por igual nuestro caballo, nuestro bolsillo y nuestra espada, que a una señal estarían prontas las tres cosas. (Estrechando la mano a Buridán.) Ya lo sabéis pues, caballero: la vida entera. Dios os guarde, capitán. ¿Vienes, hermano mío?

FELIPE Aguarda. Tengo una cita para esta noche y me aguardan.

GUAL. ¿Acabas de llegar, y ya tienes una cita para

esta noche? Ten cuidado, hermano mío; de algún tiempo a esta parte, el Sena arroja cadáveres a las orillas. La mayor parte jóvenes nobles recién llegados.

FELIPE ¿Habéis oído, capitán? ¿Iréis?

BUR. Iré.

FELIPE Yo también.

GUAL. Capitán: ¿cuánto tiempo hace que llegasteis a París?

BUR. Cuatro días.

GUAL. ¿Cuatro días, y sólo dos horas tú?... Los dos jóvenes y nobles. ¡Oh, no; no vayáis, amigos míos, no vayáis!

FELIPE Lo prometimos por nuestro honor.

GUAL. La promesa es sagrada, comprendo; id, pero no olvides de venir a mi encuentro mañana en cuanto amanezca, hermano mío.

FELIPE Queda tranquilo, vendré.

GUAL. Y vos, caballero, siempre que os plazca.

BUR. Gracias. (Oyese una campana.)

ORSINI (Apareciendo.) Caballeros, la campana de la queda está sonando.

BUR. Adiós, pues; me aguardan en la segunda torre del Louvre.

FELIPE Y a mí, en la calle de Froid-Mantel.

GUAL. Y a mí, en palacio. (Vanse los tres. Orsini cierra la puerta, da un silbido y aparecen tres hombres.)

ORSINI Y a nosotros, amigos míos, en la torre de Nestle.

TELÓN

FIN DEL PRIMER ACTO



## ACTO SEGUNDO

---

El interior de la torre, en forma semicircular. Una ventana al fondo. Dos puertas a la izquierda y una secreta a la derecha en segundo término. Una mesa en primer término izquierda. Cerca de ella un sillón.

### ESCENA PRIMERA

ORSINI junto al ventanal. Truena y relampaguea.

ORSINI ¡Valiente noche para una orgía en la torre...! Negro está el cielo, la lluvia cae sin cesar, brilla el rayo y retumba el trueno, mientras suben las aguas del río como para recibir mejor los cadáveres. Fuera el fragor de la tormenta, y dentro el choque de los vasos. Extraño concierto que parece dirigir el diablo en persona. (Óyense carcajadas) Reid, locos, reid: os queda aún una hora. Yo aguardaré hoy, como aguardé ayer, y aguardaré mañana. Pérfida condición la vuestra, jóvenes aturdidos, a quienes una prometida noche de amor os hace arrostrar la mayor de las imprudencias. (Óyese una voz.)

VOZ ¡Las dos! ¡París está tranquilo; dormid en paz...!

ORSINI ¡Las dos y

## ESCENA II

ORSINI y LANDRY

LAND. ¡Orsini!  
ORSINI ¿Qué ocurre?  
LAND. Las dos de la madrugada, y la noche se pasa.  
ORSINI Queda aún espacio para el nuevo día.  
LAND. Pero se aburren los nuestros.  
ORSINI Pero también se les paga.  
LAND. Sí; pero para herir, y no para aburrirse. En tal caso debe doblarse la paga: tanto para el aburrimiento y tanto para lo otro.  
ORSINI Cállate. Alguien viene. Vete.  
LAND. Ya me voy; pero creo que es muy justo lo que he dicho. (Vase.)

## ESCENA III

ORSINI y MARGARITA

MARG. ¡Orsini!  
ORSINI ¡Señora...!  
MARG. ¿Tu gente?  
ORSINI Dispuesta. La noche está muy avanzada.  
MARG. Queda tiempo aún.  
ORSINI Sí; pero es una imprudencia el que aun permanezcáis aquí. Vuestro barquero aguarda; dejadnos solos, que podamos cumplir libremente nuestro cometido.  
MARG. Déjame aun un momento. Esta noche no se parece a las demás, y entre los invitados hay un noble joven, casi un niño, cuyas facciones me recuerdan otras muy queridas.  
ORSINI ¿A cuáles?  
MARG. A las de mi Gualtero. Al mirarle me parecía contemplarle a él, y el metal de su voz me parecía también el suyo. Es vehemente

y apasionado, y no creo que pueda seros peligroso. Quiero salvarle, Orsini.

ORSINI Señora, ved que puede seros funesta tal compasión.

MARG. No me he quitado el antifaz en toda la noche. Aun cuando me viera mañana mismo no me reconocería. ¿Qué consecuencias puede, pues, reportarme el salvarle? Sería esta vida de descargo a mi conciencia cuando recuerde tanta sangre derramada.

ORSINI Se cumplirán vuestros deseos, señora. ¿Habéis podido descubrir el secreto del capitán?

MARG. Ni una palabra. Que muera con él. Tal vez le serviría para acusarme, como otros nobles, ante el rey mi esposo. ¡Tal vez sea de los que conspiran contra mi primer ministro...! Sea lo que fuere, mañana las aguas del Sena arrojarán su cadáver a la orilla. Que entren tus secuaces, y acabemos, pero antes es preciso que hable a este joven a quien pretendo salvar. Le exigiré, bajo palabra de honor, que abandone París.

ORSINI Estoy a vuestras órdenes.

#### ESCENA IV

MARGARITA; luego FELIPE

MARG. No puedo consentir que se derrame la sangre de este joven, cuya presencia me trae el recuerdo de mi Gualtero.

FELIPE ¡Señora...! ¡Al fin...! ¿Por qué evitáis mi presencia? Será de ángel o de demonio tu nombre, pero dímelo, a fin de que pueda llamarte por él.

MARG. Marchaos, el día se acerca.

FELIPE ¿Y qué importa? Yo sólo veo dos ojos que me deslumbran; sólo noto dos corazones que palpitan.

- MARG. Es preciso que nos separemos.
- FELIPE ¿Separarnos? ¡Sabe Dios si en la vida volvería a hallaros! No ha llegado aún el momento de ello. ¿Qué significa vuestra misteriosa cita? ¿A qué haber llegado hasta vos, si ni una frase de amor oí en vuestros labios, cuando yo ardo en el fuego de vuestros ojos? ¡Ah! ¡No! ¡Imposible!
- MARG. Me prometisteis moderaros; marchad, el día se acerca, podría ser notada mi ausencia.
- FELIPE Os engañáis, no es el día, es la luna que se desliza por entre las nubes que el viento arremolina. Concededme una hora, una hora solamente, y partiré.
- MARG. No, ni uná hora, ni un instante; partid, os lo ruego. Partid, y sin volver la vista hacia atrás; de esta noche de amor borrad todo recuerdo; que jamás salga una palabra de vuestros labios. No es esto sólo: abandonad a París; no os lo pido, os lo exijo.
- FELIPE Está bien, partiré, pero dime a lo menos tu nombre, que suene eternamente en mis oídos, que se grave en mi corazón. Tu nombre, para que pueda a solas recordarlo. Yo adivino que eres bella, que eres noble. Tu nombre, envuelto en tu último beso, y parto.
- MARG. Yo no tengo nombre para vos. Todo concluyó entre nosotros. Libre soy, y os devuelvo también vuestra libertad. Nada me debéis ni nada os debo tampoco. Obedecedme si amáis como decís. Soy mujer, al fin y al cabo estoy en mi casa, y puedo mandar en ella. Desde este momento no os reconozco ya. ¡Salid!
- FELIPE Está bien, ya parto; adiós, noble y hermosa dama, que concede citas a favor de la noche y bajo un antifaz se oculta. Habéis querido hacerme vuestro juguete, pero yo os juro que no conseguiréis vuestro objeto.
- MARG. ¿Qué intentáis.

FELIPE. (Le arranca un alfiler y se lo clava a través de la mascarilla.) Nada, señora: dejar impresa en vuestro rostro una señal con la cual pueda reconocereros mañana. (Lo hace.) Vedlo.

MARG. ¡Ah!

FELIPE. Ahora, decidme vuestro nombre o calladlo, poco me importa.

MARG. ¡Me habéis herido!... ¡Esta señal es lo mismo que si hubiérais visto mi rostro!... ¡Insensato! quería salvaros, y os habéis empeñado en morir. ¿Veis esta señal?... Encomendaos, pues, a Dios. (Vase precipitadamente en el preciso momento que aparece Orsini y se lleva el candelabro de encima de la mesa y queda la escena a oscuras.)

## ESCENA V

FELIPE; BURIDÁN por la izquierda, a tientas, y tropieza con Felipe

BUR. ¿Quién va?

FELIPE. Soy yo.

BUR. ¿Quién sois?

FELIPE. Poco os importa.

BUR. ¿Esta voz?...

FELIPE. ¡Buridán!

BUR. ¡Felipe!

FELIPE. ¿Vos aquí?

BUR. ¡Sí, cuerno de Satán! yo mismo, y deseaba hallaros.

FELIPE. ¿Para qué?

BUR. ¿Ignoráis dónde nos hallamos?

FELIPE. ¿Dónde?

BUR. ¿No sabéis tampoco qué mujeres son éstas?

FELIPE. Lo ignoro.

BUR. No sospecháis la clase a qué pertenecen?

FELIPE. No.

BUR. Yo creo que debe ser elevada, y se trata de grandes damas de la corte. Sus manos blancas, sus aristocráticas gargantas, el lujo de sus trajes, la riqueza de sus joyas.

- ¿No habéis observado como, en medio de la orgía, olvidáronse de todo? No lo dudáis: se trata de grandes damas.
- FELIPE Y aunque así fuese. ¿Qué sacáis en claro?
- BUR. ¿No os estremece?
- FELIPE ¿Estremecerme? ¿y por qué?
- BUR. El cuidado en que descubriéramos sus rostros...
- FELIPE Yo os aseguro que si viera mañana a la mía, la reconocería al instante.
- BUR. ¿Se ha quitado el antifaz?
- FELIPE No, pero con su propio alfiler le hice una señal en el rostro al través de la máscara.
- BUR. ¡Desgraciado!... Había tal vez alguna esperanza de salvación, y la destruiste.
- FELIPE ¿Cómo?
- BUR. (Le conduce al ventanal.) ¿Qué ves en frente de nosotros?
- FELIPE El Louvre.
- BUR. ¿A tus piés?
- FELIPE El Sena.
- BUR. ¡Y al rededor nuestro, la torre de Nestle!
- FELIPE ¡La torre de Nestle!
- BUR. Sí, bajo cuyos piés aparecen tantos cadáveres.
- FELIPE ¡Y al entrar se nos pidieron nuestras armas!...
- BUR. ¿De qué nos servirían tampoco? No se trata de defendernos, sino de escapar; ved, por esta puerta.
- FELIPE (Yendo a la segunda izquierda.) ¡Cerrada! ¡Ah! Escúchame: si yo muero y logras sobrevivirme, véngame.
- BUR. Y véngame tú en caso contrario. Ve en busca de tu hermano o seré yo quien vaya, caso que me salve. Pero faltan las pruebas.
- FELIPE No tenemos pluma, tinta ni pergamino.
- BUR. Llevo conmigo el libro de memorias; tu conservas aún el alfiler; en tu brazo hay venas, y en tus venas sangre. Escribo; si soy yo quien llega hasta tu hermano pidiéndole que te venga. Escribe: «Muero

asesinado por .....», yo pondré el nombre, porque lo sabré. Tu firma. Si logras salvarte, haz por mí lo que por ti yo estoy dispuesto a hacer. Y ahora, adiós. Trátemos de huir cada cual por distinto lado. Adiós.

FELIPE      Adiós, hermano mío, ¡a la vida o a la muerte! (Se abrazan. Felipe penetra por la misma puerta que apareció. Buridán se dirige a la derecha y aparece Landry.)

## ESCENA VI

BURIDAN, LANDRY, luego ORSINI y después MARGARITA  
y FELIPE

BUR.            ¡Ah!

LAND.          Amigo mío, encomendaos a Dios, porque llegó vuestra última hora.

BUR.            ¡Yo conozco esa voz!

LAND.          ¡Capitán!

BUR.            ¡Landry!... ¡Es preciso que me salves! Quieren asesinarlos. (Oyese un grito.) ¿Qué es eso?

LAND.          Vuestro compañero que ha recibido el golpe.

BUR.            Tú no puedes matarme, ¿no es cierto?

LAND.          Yo quisiera salvaros, pero...

BUR.            ¿Esta escalera? (A la derecha.)

LAND.          Está tomada.

BUR.            ¿Esta ventana? (Al foro.)

LAND.          ¿Sabéis nadar?

BUR.            Sí.

LAND.          Entonces arrojados, y ¡Dios os salve!

BUR.            (Sube al antepecho.) ¡Señor, apiádate de mí! (Se arroja.)

ORSINI          ¿Dónde está?

LAND.          Asunto concluido.

ORSINI          ¿Aseguras el golpe?

LAND.          Bien muerto está.

FELIPE          (Por la derecha, herido y balanceándose, cae en primer

término, mientras aparece Margarita con la máscara y un candelabro en la mano.) ¡Capitán! ¡Socorro! ¡soco!...

**MARG.** «Ver tu rostro y morir», eso me decías; pues mírame y muere.

**FELIPE** ¡Margarita de Borgoña, reina de Francia!...

(Muere.)

**VOZ** (Dentro.) Las tres. París está tranquilo, dormid en paz.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



## ACTO TERCERO

---

Salón en palacio. Puerta al foro que comunica con una galería, y laterales en primero y segundo términos izquierda. Balcón a la derecha. Muebles propios.

### ESCENA PRIMERA

MARGARITA sentada en un sofá de la época, y a sus pies Gualtero

GUAL. — ¿Me explicaréis a qué se debe esta señal de vuestro rostro, Margarita?

MARG. Sí, amigo mío; os lo diré. (Debí recelar esta pregunta.) He tenido un extraño sueño. Se me ha aparecido un joven semejante a vos en todo, en vuestros ojos, vuestra edad, vuestra voz, vuestro acento apasionado.

GUAL. ¿Qué más?

MARG. No sé, mis ideas se presentan luego confusas, y desperté sobresaltada, sintiendo en el rostro un dolor como si me hubieran herido.

GUAL. Eso es lo que os pregunto, ¿quién os ha herido?

MARG. Nadie, es decir, yo misma. Un alfiler que desprendióse de mi tocado, quedando en la almohada, y con él me he herido seguramente.

- GUAL. ¿Y por qué exponéis así vuestra belleza, que no os pertenece sólo a vos?
- MARG. Decidme: ¿con quién hablabais ha poco, frente a este mismo balcón?
- GUAL. Con un religioso que me ha entregado un libro de memorias, de parte de un extranjero a quien conocí ayer. Como no conoce a nadie en París, lo ha confiado a mi guarda por creerlo más seguro, advirtiéndome, que si no viene a reclamármelo dentro de tres días, puedo abrirlo. Es un capitán, a quien me presentó mi hermano anoche, en la taberna de Orsini.
- MARG. A propósito de vuestro hermano, confío en que me lo presentaréis hoy mismo; pues desde ahora le concedo una parte del cariño que vos os profesos.
- GUAL. ¡Oh reina mía! guardadme para mí solo vuestro cariño. Confieso que de mi propio hermano sentiría celos. Vendrá esta misma mañana. Es joven y leal, Margarita; es la mitad de mi vida, mi segunda alma.
- MARG. ¿Y la primera?
- GUAL. La primera lo sois vos; mejor dicho, vos lo sois todo para mí: alma, vida, existencia. Yo vivo para vos solamente y contaría los latidos de mi corazón con sólo poner la mano en el vuestro. Oh, si vos me amarais como yo os amo, Margarita, seríais toda mía, como yo soy vuestro por entero.
- MARG. No, amigo mío, no. Conservemos la pureza de nuestro cariño; si cediera hoy, tal vez mañana tendría que temeros. Una indiscreción, una palabra sola, es mortal a veces en nosotras las reinas. Contentaos pues, Gualtero, con amarme, ser amado, y escucharlo de mis labios como lo escucho de los vuestros.
- GUAL. Pero la llegada del rey me arrebatará esta dicha.
- MARG. Mañana habrá concluído nuestra libertad, y con ella acabarán estos dulces instantes.

Pero hablemos de otra cosa. ¿Se nota mucho esta cicatriz.

GUAL. No mucho.

MARG. ¿Qué voces son esas que hasta aquí llegan de la próxima cámara?

GUAL. Vuestros nobles que aguardan el permiso para ser recibidos por su bella soberana.

MARG. No quiero hacerles aguardar ya más, pues sospecharían por quien les olvido. Creo que os veré entre ellos, ¿no es cierto?

GUAL. ¿Podéis dudarlo, mi reina y señora?

MARG. El rey y señor lo seríais vos si el amor bastara para alcanzar el poder real. (Gualtero la acompaña a la puerta y le besa la mano.)

GUAL. Adiós, Margarita.

MARG. Dad orden de que abran las puertas de la cámara. (Vase. Gualtero va al foro, figurando comunicar las órdenes, y vuelve a escena, apareciendo los personajes que se indican.)

## ESCENA II

GUALTERO, PIERREFONDS, SAVOISY, nobles y luego ENGERRAND DE MARIGNY

SAV. Gualtero se nos adelantó, sin duda alguna él nos dirá como sigue esta mañana la Margarita de las Margaritas, la reina de Francia, Navarra y Borgoña.

GUAL. No puedo complaceros porque acabo de llegar ahora mismo. Dios os guarde señores; creí hallar a mi hermano entre vosotros; por lo tanto, soy yo quien os ruega me enteréis de lo que ocurre esta mañana en París.

PIERRE. Nada de nuevo. Que mañana llega el rey, y que se le prepara un gran recibimiento. El señor de Marigny ha cuidado de circular las órdenes para que el buen pueblo se regocije y le aclame, mientras maldice de la otra parte del Sena.

- GUAL. ¿Y por qué?  
SAV. Porque el río acaba de arrojar otras dos víctimas a la orilla, y el pueblo se va cansando de tan extraña pesca.
- PIERRE. ¡Son tantas las maldiciones que caen sobre la cabeza de este Marigny, encargado de la seguridad de los ciudadanos! ¡Por mi fe, que podrían darse por bien empleadas estas muertes si lográramos ahogar al primer ministro bajo el montón de sus cadáveres!
- GUAL. Realmente, va siendo extraño cuanto sucede. ¿Nadie de vosotros, caballeros, ha visto a mi hermano?
- PIERRE. Y si el rey no procura poner remedio, perderá, por agua, la tercera parte de su población, la más rica y noble. No entiendo qué vértigo se ha apoderado de los gentiles hombres para acabar consigo de un modo más propio de villanos.
- SAV. ¿Es que creéis que los que arroja muertos el Sena entran vivos en él por su propia voluntad? No hay tal cosa.
- PIERRE. Como no sea el diablo quien los arrastre.  
SAV. El río es mal confidente para los secretos, y peor tumba para los cadáveres, pues los arroja de su seno. No olvidéis que del hotel de Saint Paul al Louvre hay infinidad de edificios cuyas ventanas se abren sobre su superficie.
- PIERRE. Efectivamente, y uno de estos edificios lo es también la torre de Nestle.
- SAV. Era ya avanzada la noche cuando, pasando por el Louvre, la vi resplandeciente de luz, que salía por sus góticos ventanales. Aquella mole, arrojando haces de luz por sus aberturas, se me apareció de pronto como un respiradero del infierno, brillando en la obscuridad. No sé si será cierto lo que el pueblo dice, pero...
- GUAL. Caballero, olvidáis que estáis bajo el techo real.

- SAV. Y que el rey llega mañana, y que todos sabéis bien que no le gustan otras noticias que las suyas propias. (Aparece Marigny.) ¿No es cierto, señor de Marigny?
- ENG. No puedo contestaros, porque ignoro a lo que os referís. ¿Decíais...?
- SAV. Que el pueblo de París es un gran pueblo; que puede darse por muy satisfecho de tener un rey como Luis X, y al señor de Marigny por su primer ministro.
- ENG. Tal vez habría ya cesado de gozar la segunda parte de esta satisfacción si no consistiera más que en vos, señor de Savoisy.
- PAJE ¡La reinal! (Anunciando.)

### ESCENA III

Dichos, MARGARITA, pajes, guardias, y luego BURIDAN disfrazado de astrólogo

- MARG. Dios os guarde, señores. Ya sabéis que mañana llega mi señor y dueño; así es que si alguna gracia tenéis que pedir a la regente, aprovechad el último día que le queda de poder.
- SAV. Señora, para nosotros seréis siempre nuestra soberana, por la nobleza de vuestra sangre, por vuestra belleza, y seréis, por tanto, nuestra regente, mientras nuestro soberano, que Dios guarde, conserve el corazón en su pecho.
- MARG. Mucho me lisonjeáis, conde. Y vos, Gualtero, buenos días. Me ofrecisteis ayer presentarme a vuestro hermano.
- GUAL. Y su tardanza empieza a inquietarme. Este maldito París está plagado de brujos y de hechiceros. No encojáis los hombros, señor de Marigny; no os acuso. La ciudad es cada día más populosa, y, por lo tanto, escapa a vuestra vigilancia. Esta misma

- mañana se han encontrado otros dos cadáveres más abajo de la torre de Nestle.
- ENG. ¿Han sido dos?
- MARG. (¡Dos!)
- GUAL. ¿Y quién ha cometido estos crímenes más que la gente de mal vivir, gitanos, brujos y hechiceros, que necesitan la sangre para sus conjuros? Sólo con horribles profanaciones logran arrancar a la naturaleza sus secretos.
- MARG. Olvidáis, Gualtero, que Marigny no presta ningún crédito a la nigromancia.
- SAV. Pues nuestras calles están infestadas de brujos y nigrománticos. (Yendo al balcón.) Ved. Enfrente mismo de palacio, en medio de la plaza, hay uno que, con la osadía que dirige hacia aquí las miradas, no parece otra cosa sino que desea que se le consulte.
- MARG. Llamadle pues, señor de Savoisy; no me disgustará saber con anticipación lo que sucederá al señor de Marigny en cuanto llegue mi esposo. ¿Consentís en ello, señores?
- PIERRE. Nuestra reina dispone en nosotros.
- SAV. (En el balcón, gritando.) Sube, adivino o nigromántico, y haz provisión de vaticinios, pues es la reina, nada menos, quien desea consultar lo venidero.
- MARG. Ahora, señores, es preciso recibir dignamente al sabio nigromántico.
- SAV. Sin duda alguna; pero como su ciencia lo mismo puede venir de Dios que del diablo, no estará de más que nos persignemos, por si acaso. (Todos hacen la señal de la cruz, menos Marigny.) (Aparece Buridán con el disfraz indicado, cubierto el rostro.) Aquí está ya. ¡Por vida! Ni que hubiera pasado a través del muro. Hechicero maldito, la reina mandó que subieras para preguntarte si su primer ministro...
- BUR. Dejadme llegar hasta él, si queréis que le

hable. Enguerrand de Marigny, aquí me tienes.

ENG. Oyeme, brujo: si quieres complacerme, en vez de una desgracia, anúnciame mil, y en vez de una muerte, mil muertes también, porque del mismo modo que hallarás a los demás confiados y alegres, me hallarás a mí más tranquilo e incrédulo.

BUR. Enguerrand, sólo una desgracia y una muerte tengo que anunciarte; una desgracia próxima, y una muerte terrible. Si algo tienes que arreglar con tu alma, date prisa, pues por mi voz te anuncia el cielo que sólo tres días de vida te restan.

ENG. Gracias; alguno hay a quien tal vez ni tres horas le restan. Puedes dirigirte a los que te aguardan.

BUR. (Se dirige a Gualtero.) Y tú, qué quieres que te anuncie, Gualtero d'Aulnay, a ti, en cuya edad el pasado es ayer, y el porvenir mañana?

GUAL. Háblame del presente.

BUR. Pregúntame por tu pasado, por tu porvenir, pero no me hables de tu presente.

GUAL. Pues es precisamente lo que quiero saber. Dime: ¿qué pasa en mí?

BUR. Estás aguardando a tu hermano, y tu hermano no llega.

GUAL. ¿Dónde se halla? ¡Habla!

BUR. El pueblo se arremolina a la orilla del Sena.

GUAL. ¿Qué más?...

BUR. Rodean a dos cadáveres, y dicen todos: ¡Desgraciados!

GUAL. ¡Mi hermano... di! ¿Dónde se halla?

BUR. Dirígete a la orilla del Sena.

GUAL. ¿Y una vez allí?

BUR. Examina el brazo izquierdo de la víctima, y como los demás gritarás: ¡Desgraciado!

GUAL. ¡Ah! ¡Mi hermano!... ¡Hermano mío!...

(Vase corriendo.)

BUR. (A Margarita.) Y vos, Margarita de Borgoña,

- ¿nada queréis saber de cuanto tengo que deciros? Pensáis que la real condición es sobrehumana y que no pueden leer humanos ojos?
- MARG. Yo nada quiero saber.
- BUR. ¿Y para eso me llamasteis? Será preciso que me oigáis.
- MARG. No os alejéis, señor de Marigny.
- BUR. (Bajo.) ¡Oh, Margarita, Margarita, a quien le sirven mejor para sus designios las sombras de la noche que las luces de la aurora!
- MARG. ¿Quién ha llamado a este hombre? ¿Quién le llamó? ¿Qué me quiere?
- BUR. ¿No es cierto, Margarita (Acercándosele casi al oído.), que falta un cadáver en tu cuenta? ¿No es cierto que debían ser tres en vez de dos?
- MARG. ¡Oh, cállate, o dime quién te presta este oculto poder!
- BUR. (Le enseña el alfiler de oro del acto anterior, sin que los nobles se aperciban.) He aquí mi talismán. (Involuntariamente levanta la mano hasta su rostro. No hay duda, es ella.) Ahora es preciso que me escuchéis algunas palabras sin que nadie pueda oírlas. Hacedos a un lado, señor de Marigny.
- ENG. Sólo os obedeceré cuando reciba esta orden de la misma reina.
- MARG. (Bajando del trono.) Obedecedle, señor de Marigny.
- BUR. Ya ves que lo sé todo, Margarita; que tu honor y tu vida están en mis manos. Margarita, esta noche, después del toque de oración, te aguardo en la taberna de Orsini. Es preciso que te hable a solas.
- MARG. ¿Acaso puede una reina de Francia salir a tales horas?
- BUR. La misma distancia hay de aquí a la puerta de Saint Honoré que de aquí a la torre de Nestle.
- MARG. Está bien, iré.

Traerás contigo un pergamino y el sello real:

MARG. Pero hasta entorces...

BUR. Entrarás en tu cámara, donde no recibirás a nadie. Tendrás cerrada la puerta para todo el mundo.

MARG. ¿Para todo el mundo?

BUR. Y especialmente para Gualtero. ¡Para él sobre todo! (Dirigiéndose a los nobles.) Señores, caballeros, la reina os saluda y ruega a Dios que os preserve de todo mal. Señora, prohibid en absoluto el acceso a vuestras habitaciones.

MARG. ¡Guardias, que nadie penetre por la puerta de mi cámara!

BUR. Esta noche, en casa de Orsini, os aguardo.

MARG. Hasta la noche. (Saluda y vase. Buridán atraviesa por entre los nobles, que le miran asombrados.)

SAV. Señores, ¿visteis jamás caso parecido? Este hombre es Satanás en persona.

PIERRE. ¿Qué le habrá dicho a la reina?

SAV. Vos, señor de Marigny, que estabais junto a la reina, ¿habéis oído algo?

ENG. Ya es bastante el trabajo que tengo en recordar sus predicciones.

SAV. ¿Es que creéis ahora en ellas?

ENG. Lo mismo que antes. Me ha anunciado caer en desgracia: pues aun soy ministro; me vaticino la muerte: pues vivo aún, y por si alguno de los presentes lo duda, mi hoja toledana se encargará de contestarle por mí. (Vase y aparece Gualtero.)

GUAL. ¡Justicia! ¡Justicia!...

TODOS ¡Gualtero!

GUAL. ¡Era mi hermano, señores, mi hermano Felipe! ¡Mi solo amigo, mi único parientel ¡Mi hermano asesinado, tendido en la arena! ¡Maldición!... ¡Quiero tomarme yo mismo justicia por mi mano! ¡Que me entreguen al asesino! ¿Dónde, dónde está? ¿Le conocéis, señor de Marigny?

SAV. ¿Te has vuelto loco?

GUAL. ¡No, loco no, pero me ciega la ira! ¡Al que me lo nombrara, le daría mi vida, mi sangre! ¡Señor de Marigny, vos debéis responderme de su muerte; vos, que sois el primer guardia de la villa; no se vierte en ella una sola gota de sangre que no os manche! ¿Dónde está la reina? ¡Quiero ver a la reina Margarita! ¡Ella me hará justicia! ¡Mi hermano!... ¡Mi hermano!... (Se precipita a la izquierda.)

SAV. ¡Gualtero, amigo mío!

GUAL. ¡Yo no tengo amigos! ¡Sólo tenía un hermano y le han asesinado! ¡Margarita! ¡Margarita!... (Llama a la puerta.) ¡Oh, soy yo! ¡Abrid! (Aparece un guardia.)

GUARDIA No hay paso.

GUAL. ¡Para mí sí!... ¡Apartaos!... ¡Margarita! ¡Mi hermano! (Los guardias le detienen, él desnuda el acero.) ¡Es preciso que la vea, que la hable. (Le desarman.) ¡Ah! ¡Maldición... ¡Hermano!... ¡hermano mío!

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



## ACTO CUARTO

---

La misma decoración que en el primero

### ESCENA PRIMERA

ORSINI; luego MARGARITA

- ORSINI Parece que esta noche nada habrá que hacer en la torre de Nestle. Tanto mejor, pues sabe Dios si algún día caerá sobre nuestras cabezas la sangre que allí se ha derramado. Desgraciado de aquel que está destinado a espiar tanto crimen! (Llaman a la puerta.) ¡Quién va?
- MARG. Abre, soy yo. (Fuera.)
- ORSINI ¡La Reina (Abre.) ¿Sola a tales horas?
- MARG. Sola, sí, ¿te extraña? Es que también es extraña la causa que aquí me conduce. Oye: ¿no vino nadie?
- ORSINI Nadie.
- MARG. Es preciso que me cedas este aposento por media hora.
- ORSINI La casa y su dueño son enteramente vuestros. (Llaman.)
- MARG. ¿Han llamado?
- ORSINI ¿Debo abrir?
- MARG. Déjame, lo haré yo.
- ORSINI Si necesitáis de mí acudiré a la primera señal.

- MARG. Está bien, pero lo único que deseo es que nadie se entere de cuanto aquí se hable.  
(Vuelven a llamar.)
- ORSINI Seré sordo y mudo. (vase.)
- MARG. (Abre y entra Buridán) ¿Sois vos?
- BUR. Yo mismo.

## ESCENA II

MARGARITA y BURIDAN

- MARG. ¿Ya no sois el nigromántico?
- BUR. No, soy el capitán. Pero suponiendo que sean los dos una misma cosa, lo mismo da uno que otro. He preferido este traje porque he calculado que en caso de peligro me serviría más que el de esta mañana. A tales horas, es peligroso andar desprevenido por las calles. En fin, he creído conveniente tal precaución.
- MARG. Ya veis que he cumplido mi palabra.
- BUR. Con lo cual habéis hecho bien, reina Margarita.
- MARG. Reconoceréis al menos que es en mí extrema complacencia.
- BUR. Sea complacencia, sea temor, tenía la seguridad completa de hallaros, y eso es para mí lo esencial.
- MARG. ¿De modo que no sois un nigromántico?
- BUR. No, por la gracia de Dios; soy cristiano, o mejor dicho, lo era, aunque casi perdí la fe y la esperanza; pero, vamos a lo que interesa.
- MARG. Estoy acostumbrada a que se me hable de pie y con la cabeza descubierta.
- BUR. Te complaceré en las dos cosas, no por ser reina, sino porque eres mujer. Mira en nuestro rededor y dime si descubres señal alguna que denote el rango a que aludes pertenecer. ¿Son esos muros, ennegrecidos por el humo, los de una cámara real? ¿Aca-

so son esos viejos y enmohecidos muebles los que una reina debe tener cerca de sí? Reina sin guardias: ¿dónde está tu trono? Aquí sólo hay un hombre y una mujer. Un hombre que está sereno y tranquilo y una mujer que tiembla. El hombre, pues, es aquí el rey.

MARG. ¿Quién eres para hablarme así? ¿De dónde vienes, de qué poder alardeas, ni qué razones tienes para asegurar que tiemblo?

BUR. ¿Quién soy? En este instante, el capitán Buridán. Algún tiempo tenía otro nombre que quizás no te sea desconocido del todo. Pero tampoco hace al caso. ¿De dónde vengo y qué poder es el mío? Si lo supieras, tal vez no habrías venido. ¿Que por qué aseguro que tiemblos? Porque en tus cuentas de hoy falta un cadáver, porque el Sena sólo arrojó dos, debiendo ser tres, según tus cálculos.

MARG. ¿Y el otro?

BUR. El otro, Margarita, es el capitán Buridán, que te está hablando.

MARG. ¡Imposible! ¿Mientes!

BUR. ¿Que miento? Oye, y te contaré lo sucedido anoche en la torre de Nestle.

MARG. Habla.

BUR. Había en la torre varias damas de la corte de Margarita, una entre ellas ocultaba su rostro con un antifaz; era la reina, eras tú. Había también tres hombres, y eran Héctor de Chreveysée, el capitán Buridán y Felipe d'Aulnay.

MARG. ¡Felipe d'Aulnay!

BUR. Sí, el hermano de Gualtero, él era quien, en su empeño de reconocerte, atravesó tu máscara con un alfiler que arrancó de tu tocado, haciéndote esta cicatriz en tu rostro.

MARG. ¿Murieron Héctor y Felipe, y tú solo has conservado la vida?

BUR. Sólo yo.

MARG. ¿Y te has dicho: yo perderé a la reina, revelando lo que ha pasado en la torre de Nestle esta noche; y diré a Gualtero: ella ha sido quien hizo asesinar a tu hermano? Estás loco, Buridán, porque no va a creerte. No está mal urdida la trama, pero ahora que sé tu secreto, como tú sabes el mío, bastará que dé una voz para que dentro de algunos momentos hayas unido tu suerte a la de Héctor y a la de Felipe d'Aulnay.

BUR. Hazlo, y mañana Gualtero abrirá el libro de memorias que le ha entregado un religioso, al ver que no voy yo a reclamárselo, pues de ello ha prestado juramento. Puedes mandarme asesinar si te place, pero mañana Gualtero sabrá quién es el asesino de su hermano Felipe.

MARG. ¿Y crees que prestará mayor crédito a tus escritos que a mis palabras?

BUR. ¡Pero lo prestará a la firma de su hermano, estampada con su propia sangre al pie de dos líneas que se lo revelan todo! «Muero asesinado por Margarita de Borgoña.» ¿Crees, pues, que te bastará, para ahogar el secreto, deshacerte de mi persona? ¿Aunque hicieras atravesar mi corazón por veinte puñales? Hazme arrojar al Sena, que el Sena se cuidará, arrojando mi cadáver a la orilla, de descubrir tus maldades y tu crimen, y ante él Gualtero jurará vengarme, al vengar a su hermano, viniendo a exigirte cuenta de la sangre derramada. Dime ahora si tomé bien mis medidas o cometí la menor imprudencia.

MARG. Si tus palabras son ciertas...

BUR. No lo dudes.

MARG. ¿Qué exiges de mí entonces? ¿Quieres oro? Te lo daré a manos llenas del tesoro público. ¿La muerte, acaso, de algún enemigo poderoso? Aquí tengo el pergamino y el sello real que me encargaste. ¿Eres ambicio

so? Yo puedo complacerte en tus deseos. Acaba, ¿qué pretendes?

BUR. Nada de eso quiero. Oyeme, Margarita. (se sienta.) Como te he dicho, aquí no hay rey ni reina. Aquí sólo hay un hombre y una mujer que desean sellar un pacto, y desgraciado el que no cumpla sin haberse asegurado antes del silencio de la muerte del otro. Margarita, quiero, en primer lugar, oro bastante para levantarme un palacio.

MARG. Lo tendrás, aunque fuera preciso para ello mandar que fundieran el cetro y la corona.

BUR. Quiero, además, ser tu primer ministro.

MARG. Lo es actualmente Enguerrand de Marigny.

BUR. No importa, quiero su título y su puesto.

MARG. Sólo con su muerte puedes obtenerlo.

BUR. Digo que quiero su título y su puesto.

MARG. ¡O tendrás.

BUR. Yo, en cambio, te conservaré a tu amante y callaré tu secreto. Está bien; desde hoy, reinaremos los dos en Francia. Seremos los dos únicos reyes, y guardaré silencio. Tendrás también todas las noches amarrada tu barca a la orilla del Sena, y mandaré tapiar las ventanas del Louvre que dan frente a la torre de Nestle. ¿Aceptas, Margarita?

MARG. Sí, acepto.

BUR. Mañana, a las diez, iré a recoger mi libro de memorias y me presentaré a la Corté.

MARG. Serás en ella bien recibido.

BUR. Extiende ahora la orden de prender a Marigny, autorizando el pergamino con tu sello real.

MARG. Tómalo. Aquí está. (Después de hacerlo.)

BUR. Está bien. Adiós, Margarita; hasta mañana. (Toma su capa, sombrero y espada y vase.)

ESCENA III

MARGARITA sola

MARG. ¡Mañana! ¡Mañana...! ¡Ah! ¡Si yo te tengo un día entre mis manos, como tú me has tenido entre las tuyas...! ¡Si pudiera apoderarme de las líneas escritas por Felipe...! ¡Ah! ¡Miserable! ¡Atreverse contra mí, la hija de un duque, la esposa de un rey, la regente de Francia! Daría la mitad de mi sangre a quien me facilitara la hoja de papel en la que Felipe estampó su firma. Si pudiera ver a Gualtero antes de las diez de la mañana! ¡Si pudiera apoderarme del libro de memorias que guarda...! Gualtero no me hablará más que de la muerte de su hermano, pidiéndome la cabeza del asesino. Pero me quiere a mí como a nadie quiere en el mundo, y si teme perderme lo olvidará todo, hasta su propio hermano. Es preciso que le vea esta noche. ¿Pero dónde hallarle? ¡Muchos secretos míos posee este italiano, y descubrirle otros...! ¿Quién anda tras esta puerta? Buridán no la cerró. Se abre nuevamente... ¡Un hombre! ¡Ah! ¡Orsini! ¡Orsini!

ESCENA IV

MARGARITA y GUALTERO

GUAL. ¡Margarita! ¿Tú...? ¡Margarita!

MARG. ¡Gualtero! (Dios me lo envía.)

GUAL. En vano te he buscado durante el día para pedirte justicia. Venía en busca de Orsini para que me dijera donde podría hallarte. Al fin te hallé. ¡Justicia, Margarita, justicia!

MARG. Y yo he venido en busca de Orsini a fin

de que te avisara, pues antes de sernos quería decirte adiós.

GUAL. ¿Adiós has dicho? Perdona; tal vez he comprendido mal, porque tengo una sola idea fija que me obsesiona. Yo veo aún en la arena de la orilla, el cadáver de mi hermano, empapadas sus ropas y cosido su cuerpo a puñaladas. Yo he de verter la sangre de su asesino.

MARG. Di las órdenes para que le buscaran. Tu hermano será vengado. Hallaremos al asesino, te lo juro. Pero mañana llega el rey y es preciso que nos separemos.

GUAL. ¿Separarnos? ¿Y por qué...? Sí, sí, es verdad; pero nos separaremos luego, cuando haya vengado la muerte de mi hermano.

MARG. Sí, mañana. ¿Pero por qué hay en el corazón de mi Gualtero, que antes era todo mío, otro sentimiento que el del amor de su Margarita? Ayer era aún mío este corazón. (Le pone la mano en el pecho.) ¡Ah! ¡Aquí guarda el libro de memorias!

GUAL. ¡Ahora no respira otra cosa que venganza! Luego volverá a ser tuyo.

MARG. ¿Qué tienes aquí?

GUAL. Es un libro de memorias.

MARG. El que esta mañana te entregó un religioso. Sin duda eres el afortunado depositario de los pensamientos de alguna dama de mi corte.

GUAL. ¡Margarita! Te estás chantageando, burlándote de mí. No; este libro pertenece a un capitán, al cual he visto una vez sola, cuyo nombre hasta ignoro, y que estaba ayer con mi pobre hermano.

MARG. ¿Y te has figurado que voy a dar crédito a tus palabras? ¿Pero qué me importa, ni por qué he de estar celosa, si vamos a separarnos para siempre? ¡Adiós, Gualtero, adiós!

GUAL. ¿Qué haces, Margarita? ¿Tú quieres volverme loco? Acudo a ti, desesperado; pi-

- diéndote a mi hermano, y me hablas de separación. Separarnos, ¿y por qué?
- MARG. El rey ha concebido sospechas, y no debe hallarte aquí. ¿Qué te importa? Te llevas contigo el libro de memorias que te servirá de consuelo.
- GUAL. ¿Pero crees que, efectivamente, pertenece a una mujer?
- MARG. Estoy segura de ello. Si así no fuera, me lo habrías enseñado ya mil veces para que me convenciera.
- GUAL. ¿Puedo, acaso, hacerlo? ¿Me pertenece? No. Yo juré por mi honor no abrirlo hasta mañana al dar las diez, caso que no haya venido a reclamármelo su dueño. He jurado también que no saldría de mis manos. Eso es todo, lo he jurado.
- MARG. ¿Y yo, no he jurado nada? ¿No he quebrantado por ti jamás juramento alguno? ¿Olvidas que por tu causa he sido perjura, porque nuestro amor, aunque conserve en nuestro corazón toda su pureza, no deja de ser adúltero? Pero, ¿qué importa todo eso? Olvida y guarda tu juramento, mientras yo me guardo también mis celos. Adiós.
- GUAL. ¡Margarita, por el cielo!
- MARG. El honor, el honor de un hombre, ¿y nada representa el de una mujer?... ¿Que tu has jurado?... y bien, en mí, una palabra, un juramento tuyo, hizo olvidarme del juramento prestado ante Dios, y volvería a olvidarlo si tu me lo suplicaras, pues olvidaría por ti el mundo entero.
- GUAL. ¿Y a pesar de eso quieres que parta? Exiges que nos separemos?
- MARG. Sí, sí: he prometido al cielo esta separación, pero si tu me lo exigieras, si yo estuviera persuadida de que lo que guardas junto a tu pecho no pertenece a otra mujer, yo me atrevería a arrostrar el anatema de Dios como arrostré al de los hombres.

¿Te figuras acaso que cree la corte en la pureza de nuestro cariño? Sin embargo, si tu me rogaras como yo te ruego, te diría: «Quédate, Gualtero; piérdase mi reputación, desaparezca mi poder, pero no te separes de mí, sea eterno nuestro cariño».

GUAL. ¿Tu harías eso?

MARG. Sí, pero soy una mujer, en mí no representa nada el honor; puedo ser perjura, no importa que yo sufra, con tal de que un noble joven no falte a su palabra de caballero. ¡Qué importā que yo muera de celos si él no falta a su palabra!

GUAL. ¿Y si llegara a saberse?...

MARG. ¿Quién? ¿No quedará entre los dos el secreto?

GUAL. ¿Si me prometes devolvérmelo antes de las diez de la mañana?

MARG. Te lo devolveré aquí mismo, dentro de un instante.

GUAL. ¡Perdóname, Dios mío! ¡Es un ángel o un demonio infernal, que así me hace olvidar de mi hermano, de mi honor y de mis juramentos!...

MARG. (Tomándole el libro de sus manos.) (Ya lo tengo.)

(Se acerca a la luz, examina frenéticamente el libro y arranca dos hojas de él.)

GUAL. ¡Margarita!... ¡Margarita!... ¡Oh debilidad humana!... ¡Perdón, hermano mío! ¿He venido a este sitio para hablar de amor? ¿He venido a satisfacer las frívolas dudas de una mujer? ¡No, he venido a pedir venganza! ¡Oh, perdona, hermano mío!

MARG. (Volviéndose.) Me engañé; nada hay en este libro que demuestre una traición a mi cariño. No miente mi Gualtero al decirme que soy yo su único amor. Tampoco yo amo a nadie más y le cumpliré mi palabra; no nos separaremos; ¿qué me importan las sospechas del rey? Yo me consideraré dichosa sufriendo por mi amante. (Le da el libro.)

- GUAL. Pensemos ahora en mi hermano, Margarita.
- MARG. He mandado hacer pesquisas y se tienen sospechas...
- GUAL. ¿De quién?
- MARG. De un capitán extranjero que llegó hace pocos días, y que mañana se presentará por primera vez en la corte.
- GUAL. ¿Su nombre?
- MARG. Creo Buridán.
- GUAL. Y habéis dado la orden de su arresto, ¿es cierto?
- MARG. No, porque acabo de saberlo hace muy poco.
- GUAL. ¡La orden! ¡La orden, por favor! ¡Nadie con mayor derecho puede prender al matador de mi hermano.
- MARG. ¿Le prenderás tu?
- GUAL. Ni que estuviera en oración a los pies de un crucifijo.
- MARG. (Firma una orden.) Aquí está, pues, la orden.
- GUAL. ¡Gracias, mi reinal! ¡Gracias, Margarita!
- (Vase corriendo.)
- MARG. ¡Ah Buridán! ¡Soy yo ahora, quien tiene tu vida entre mis manos!

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



## ACTO QUINTO

Un subterráneo del Chatelet de París. Puerta en segundo término derecha. Lámpara suspendida en el techo ilumina siniestramente la escena.

### ESCENA PRIMERA

BURIDÁN, atado al suelo sobre un montón de paja

BUR. Uno de los hombres que aquí me han conducido me ha estrechado la mano. Pero ¿qué podrá hacer en mi favor? Y eso suponiendo que no haya sido ilusión mía. ¿Proporcionarme agua algo más fresca, pan menos duro y negro, o un sacerdote a la hora de mi muerte? Conté los doscientos cincuenta escalones y las doce puertas antes de dejarme en este subterráneo... Vamos, Buridán: llegó la hora de que dediques unos momentos siquiera al examen de tu conciencia. Tienes con el diablo cuentas algo atrasadas, y no muy claras, por cierto. He sido un insensato; yo que conozco la fragilidad de los enamorados, y el poder que en ellos tiene el acento apasionado de la mujer amada, ir a confiar todas mis esperanzas a un inexperto joven, que no tiene otra voluntad que la de su amada. ¡Ah Margarita!... ¡Cómo debes gozarte en tu triunfo y reírte de mi candidez! Sin embargo, no he perdido aún del todo la esperanza. Una pequeña estrella guía a veces al caminante en medio de la noche oscura. Ella no me dejará morir sin verme de nuevo, aunque no sea para otra cosa que para gozarse insultándome en los mismos umbrales de la muerte. Alguien baja, ¿será ella tal vez?

ESCENA II

BURIDÁN y LANDRY

- LAND. Capitán, ¿dónde estáis?  
BUR. Aquí.  
LAND. Soy yo.  
BUR. ¿Y quién eres tú? Yo nada veo.  
LAND. ¿Es que hay que ver a los amigos para reconocerlos?  
BUR. Esta es la voz de Landry.  
LAND. ¡Gracias a Dios!  
BUR. ¿Puedes salvarme?  
LAND. Imposible.  
BUR. Entonces, ¿qué demonios quieres?  
LAND. Anunciaros que soy desde anoche guardia del Chatelet.  
BUR. Tú acumulas empleos. ¿Guardia del Chatelet y asesino por la noche, en la torre de Nestle? Margarita de Borgoña no dejará de darte que hacer en uno y otro.  
LAND. Así, así.  
BUR. ¿Y nada puedes hacer por mí? ¿Ni aun hacerme llegar un confesor?  
LAND. Lo que puedo es oír vuestra confesión, y repetirla luego a un confesor palabra por palabra, y si alguna penitencia hubiera que cumplir, a fe de soldado que por vos la cumpliría.  
BUR. Imbécil. ¿No puedes darme tampoco nada con qué escribir?  
LAND. Tampoco.  
BUR. Pero podrás registrarme este bolsillo y sacar de él una bolsa repleta de monedas de oro.  
LAND. Eso sí puedo.  
BUR. Pues tómalala.  
LAND. Ya está. (Se la toma.)  
BUR. ¿Cuántas libras ganas al año?  
LAND. Seis libras.  
BUR. Cuenta lo que hay en esta bolsa mientras reflexiono. (Pausa.) ¿Has contado?  
LAND. ¿Habéis reflexionado?  
BUR. Sí. ¿Cuánto hay?  
LAND. Tres marcos de oro.

BUR. Ciento setenta y cinco libras tornesas. Oyeme. Necesitarías pasar veinte y ocho años en tu empleo para reunir esta suma. Júrame por tu salvación eterna hacer lo que voy a encargarte, y esta suma es tuya. Es cuanto poseo; si más tuviera, más te daría.

LAND. ¿Qué hay que hacer, capitán?

BUR. Una cosa bien sencilla. Tu puedes salir del Chatelet y no volver a aparecer por él, si se te antoja.

LAND. No deseo otra cosa.

BUR. Irás a hospedarte en casa de Pedro Bourgues el tabernero que vive detrás de los Inocentes, que es donde yo me hospedaba. Pides el aposento del capitán y te darán el mío. Todo ello no me parece muy difícil.

LAND.

DUR. Oye: una vez en el cuarto, te encerrarás dentro y contarás las losas del suelo, partiendo del lado de un crucifijo que hay en la pared. En la que hace veinte verás una pequeña cruz grabada; levanta la losa con la punta del puñal, y debajo de una pequeña capa de arena hallarás una cajita de hierro cuya llave está en esta bolsa. Puedes abrirla si quieres, para cerciorarte de que no es oro, sino papeles, lo que contiene. Oyeme bien: si mañana, a la hora de la entrada del rey en París, no me ves a tu lado sano y salvo, lo pondrás todo en manos de Su Majestad, y así vengarás mi muerte. Eso es todo. Mi conciencia quedará tranquila y a ti te lo deberé.

LAND. Y yo, ¿no me expongo a ningún riesgo?

BUR. Ni uno.

LAND. Contad, entonces, conmigo.

BUR. ¿Me lo juras por la salvación de tu alma?

LAND. Por lo que del Paraíso pueda alcanzarme.

BUR. De ese modo, adiós, Landry; procura ser hombre de bien caso que puedas.

LAND. Haré por ello cuanto pueda, aunque no me parece cosa fácil. (Vase.)

ESCENA III

BURIDÁN solo

BUR. Vengan ahora el verdugo y la cuerda, que mi venganza se colocará al pie del cadalso ¡Venganza!... dulce y sublime palabra cuando la pronuncian unos labios llenos aun de vida. Palabra hueca y vana cuando se pronuncia sobre una tumba, en la que, por alto que suene, no despierta el cadáver que en ella descansa.

ESCENA IV

BURIDAN, MARGARITA y ORSINI

(Margarita aparece por una puerta oculta y con una lámpara en la mano.)

MARG. ¿Puedo acercarme a él sin temor? (A Orsini.)

ORSINI Sí, señora.

MARG. Bien. Aguárdame y acude al primer grito (Vase Orsini.)

BUR. ¡Luz!... Alguien viene. ¿Quién va?...

MARG. Soy yo. No aguardabas, a buen seguro, volver a ver a persona alguna antes de morir.

BUR. Lo esperaba, aunque no tal vez tan pronto. ¡Ah Margarita! Tú te habrás dicho: quiero gozarme en mi triunfo antes que muera; que sepa que soy yo la causa. Tú, la mujer indomable y vengativa... te esperaba.

MARG. Pero sin esperanza, ¿no es eso? Porque de sobra me conoces, y comprendes que después de haberte temido, de haberme humillado, no hay ruegos que enternezcan mi corazón. ¡Ah! Todas mis medidas están bien tomadas, Buridán! Tan sólo tú olvidaste que el sentimiento del amor amordaza en el corazón del enamorado todos los demás sentimientos y afecciones, y que nada representan para él el honor ni la palabra empeñada. ¡Y fuiste a confiar la única prueba que poseías en manos de un hombre ena-

morado de Margarita? Mírala, aquí la tienes. Contempla la hoja arrancada a tu libro de memorias. «Muero asesinado por Margarita de Borgoña...» ¡Je, je, je!... Quiero destruir el último destello de tu esperanza.

(Lo quemaa la luz de la lámpara.) ¿Soy ya libre, Buridán? ¿Puedohacer cuanto me plazca?

¿Y qué harás de mí?

Has sido arrestado como asesino de Felipe d'Aulnay. ¿Qué se hace con los asesinos?

¿Y qué tribunal es el que me juzgará?

¿Tribunal?... ¡Tú estás loco! ¿Crees que se juzga a los hombres que guardan secretos como el tuyo? Hay venenos que rompen el vaso que los contiene, y tú eres como uno de ellos. Cuando se prende a un hombre como tú, se le ata de pies y manos y se le mete, como a ti, en el más obscuro de los calabozos. Uno como éste. Para no perder por entero su alma como su cuerpo, a eso de media noche penetran en el calabozo un sacerdote y un verdugo. Empieza el sacerdote... en el calabozo hay una argolla parecida a ésta (La señala.), y los muros son tan gruesos que ahogan los lamentos, apagan los gemidos y absorben la agonía... Sale el sacerdote primero, y luego el verdugo, y al día siguiente el carcelero sale del calabozo anunciando que el reo, a quien, imprudentemente, se le habían dejado sueltas las manos, se había dado muerte él mismo, lo cual prueba su culpabilidad.

Veo que seguimos hablando con la misma franqueza, Margarita; yo te dije mis proyectos; tú me cuentas los tuyos.

Te burlas, o, mejor dicho, quieres burlarte; tu orgullo se resiste a mi victoria. Quieres hacerme creer que te resta aún algún medio para atormentarme; pero no, no: no me engaña tu sonrisa; es la risa de los que procuran engañar y engañarse a sí mismos. No puedes ya escapar por esta

vez. ¡Imposible! Estás bien atado; los muros son bien sólidos y seguras sus puertas. No, no puedes escapar. Yo me marcho. Adiós, Buridán. ¿Tienes algo que decirme?

BURI. Una sola cosa.

MARG. Habla.

BURI.

Voy a contarte un recuerdo de mi juventud. En mil doscientos noventa y tres, hará de eso unos veinte años, la Borgoña se consideraba dichosa, pues tenía por duque a su muy amado Roberto II... No me interrumpas, y concéde sólo dos minutos de atención al que le abrirán, en breve, las puertas de la eternidad. El duque Roberto tenía una hija joven y bella; un cuerpo de ángel que escondía un alma de demonio. La llamaban Margarita de Borgoña... Déjame acabar. Tenía el duque Roberto, entre sus servidores, a cierto paje, joven también y bastante agraciado; alma cándida y confiada, de rubios cabellos y tez sonrosada. Se llamaba Leoncio de Bronnonville... Parece que escuchas con alguna atención. El paje y la joven se amaron. Quien les hubiera visto en aquella época seguramente no les reconocería hoy, y si les reconociera, con seguridad no se reconocerían los dos.

MARG. ¿Dónde pretendes ir a parar?

BUR.

Vas a verlo. ¡Oh! es una historia sumamente interesante. El paje y la joven se amaron en silencio y a escondidas de todo el mundo. Por las noches, una escala de seda servía para que el paje llegara a los brazos de su amada, y los amantes, cada noche, al despedirse, se citaban para el siguiente. Un día, la joven Margarita, hinchados de lágrimas los ojos, confesó a su amante que iba a ser madre.

MARG.

BUR.

¡Dios mío!

Margarita, ayúdame a cambiar de posición, pues ésta me fatiga. (Margarita lo hace.) Gra-

MARG. cias... ¿Dónde estábamos de mi relación? Cuando la hija del duque anunció que iba a ser madre.

BUR. Ah, sí; ya recuerdo. Ocho días más tarde el secreto ya no lo era para su propio padre, y el duque anunció a su hija que a la mañana siguiente sería encerrada en un convento por lo que le restaba de vida. Por la noche se reunieron también los dos amantes. ¡Noche triste, por cierto! Leoncio amaba a Margarita, al igual que Gualtero te ama también. Noche de gemidos e imprecaciones. ¡Oh! Bien prometía la joven Margarita ser lo que ha sido después andando el tiempo.

MARG. ¿Y luego?... ¿luego?

BUR. (Cambiando el tono) Estas cuerdas parecen penetrar en mis carnes. (Margarita corta las cuerdas que sujetan los brazos de Buridán.) Ella tenía un puñal como éste que conservas en tus manos, y le decía: «Leoncio, Leoncio, si mi padre dejara de existir esta noche yo no entraría en el convento; nadie ya nos separaría y viviríamos sólo para nuestro amor. Yo no sé cómo, el puñal pasó de las manos de Margarita a las de Leoncio; un brazo le guió, en medio de las tinieblas, hasta la alcoba misma donde dormía el duque, y se hallaron uno de otro frente a frente. Las nobles facciones del anciano no se han borrado jamás de la memoria de su asesino, pues el infame le hundió el puñal en el corazón. Margarita, la joven Margarita, no fué al convento, y fué luego reina de Navarra y más tarde de Francia. Al día siguiente Leoncio recibía, por mediación de un tal Orsini, una carta de Margarita, en la que le suplicaba que desapareciera para siempre, pues añadía que después del crimen cometido ya nada de común podía haber entre los dos.

MARG. ¡Imprudente!...

BUR. Es verdad, imprudente, ¿no es eso? Una carta de su propia letra y con su firma, en la que probaba, con todos los detalles, el crimen y su complicidad, fué una ligereza imperdonable. ¡A buen seguro que hoy la reina Margarita se habría portado de modo muy distinto.

MARG. Y bien, Leoncio de Bournonville desapareció, y no es fácil que vuelva a presentarse. La carta, la perdió o la rasgó, y no existe prueba alguna. ¿Qué punto hay pues en que pueda referirse esta historia a Margarita, reina de Francia.

BUR. Leoncio de Bournonville existe, y tu no lo ignoras: yo he notado una contracción de tu semblante al reconocerle.

MARG. ¿Y la carta?... ¿la carta?...

BUR. Será entregada mañana al rey en persona a su entrada en París.

MARG. Tu dices eso con el único objeto de asustarme; si hubieras tenido tal prueba, si te hubieras podido servir de ella, no habrías esperado tanto tiempo. Es un medio del cual te habrías valido en seguida.

BUR. Tu me proporcionaste otro, y me lo reservé para emplearlo como último recurso. Creo que estuve acertado.

MARG. ¿Esa carta?...

BUR. Repito que mañana será entregada al rey. Ha poco me decías lo que se hace con los asesinos; oye, Margarita: ¿es que ignoras lo que se hace con las parricidas y las adúlteras? Se les rapa el cabello con tijeras ardiendo, se les abre el pecho para arrancarles el corazón, se le arroja al fuego, aventando sus cenizas, y durante tres días se lleva su cadáver arrastrando por las calles.

MARG. ¡Perdón! ¡perdón!

BUR. Vamos, préstame el último servicio, Margarita: desata estas cuerdas. (Lo hace. Buri-dán se levanta.) ¡Ah! ¡Qué hermosa es la libertad!... Venga el verdugo en buenhora.

He ahí las cuerdas. Pero ¿qué tienes? Mañana una voz gritará: «Buridán, el asesino de Felipe d'Aulnay, se ha dado muerte en su propio calabozo.» Y le contestará otra voz desde el Louvre: «Margarita de Borgoña ha sido condenada a la pena de las parricidas y las adúlteras.»

MARG.

¡Perdón, Buridán!

BUR.

Yo no soy Buridán; soy Leoncio de Bournonville, el amante de Margarita, el asesino del duque Roberto.

MARG.

¡Oh! ¡Calla! ¡No grites así!

BUR.

¿Y qué temes? Estos muros apagan las voces, extinguen los gemidos y la agonía.

MARG.

¿Qué quieres? . . . ¿Qué deseas?...

BUR.

Tú entrarás mañana a la derecha del rey, en París; quiero yo entrar a su izquierda. Iremos a recibirle juntos.

MARG.

Está bien, iremos. ¿Pero, y la carta que le será entregada?

BUR.

Cuando se la presenten seré yo quien la tome, siendo, como seré, primer ministro.

MARG.

Marigny no ha muerto aún.

BUR.

Ayer, en la taberna de Orsini, prometiste que a las diez sería ejecutado.

MARG.

Tengo aún una hora, tiempo suficiente para dar la orden.

BUR.

Atiende ahora lo último que tengo que decirte. ¿Qué suerte ha cabido a los hijos de Leoncio de Bournonville y de Margarita?

MARG.

Se los confié a un servidor.

BUR.

¿A quién? ¡Su nombre!

MARG.

No recuerdo.

BUR.

Haz un esfuerzo y lo recordarás.

MARG.

Creo que fué a Orsini.

BUR.

¡Orsini! ¡Orsini! (Llamando.)

MARG.

¿Qué haces?

BUR.

¿No está aquí?

MARG.

NO. (Aparece Orsini.)

BUR.

Acércate. Mañana seré yo primer ministro. ¿No das crédito a mis palabras? Decídselo vos, señora, para que no dude de ello.

- MARG. Es verdad.
- BUR. Mi primer acto, al subir al poder, será mandar al tormento a cierto Orsini que vivió en la corte del duque Roberto II.
- ORSI. ¿Por qué razón, monseñor?
- BUR. Para que confiese del modo que cumplió las órdenes que le fueron dadas por su soberana Margarita de Borgoña acerca de dos niños recién nacidos.
- ORSI. ¡Oh! ¡Perdón, monseñor, perdón! Yo no me atreví a quitarles la vida, tal como se me había mandado.
- MARG. ¡Ah! Yo no di esa orden tan cruel.
- BUR. Cal'a, Margarita.
- ORSI. ¡Perdón si dejé de hacerlo! ¡Eran las dos criaturas tan tiernas... tan hermosas!... No me atreví.
- BUR. ¿Qué hiciste de ellos, desgraciado?
- ORSI. Encargué a uno de los servidores a mis órdenes que los dejara como expósitos, y dije que les había dado muerte.
- BUR. ¡Su nombre!
- ORSI. ¡Landry, que continúa a mi servicio, pero perdonadnos!
- BUR. Está bien, Orsini: es ésta una acción que te honra. Es éste un sentimiento que te justifica de tus maldades cometidas. Hay en tu pecho aún un vestigio, un resto de corazón. Abrázame, Orsini, abrázame. Yo te daré tanto oro como puedan pesar estos dos niños. ¡Hijos, hijos míos! ¡Hasta las fieras quieren a sus hijos, señora!
- ORSI. ¿Qué debo hacer, señor?
- BUR. Toma esta lámpara y alumbra. Tomad vos mi brazo, señora.
- MARG. ¿Dónde vamos?
- BUR. Al encuentro del rey Luis X, vuestro esposo, que entra mañana en París.

TELÓN.

FIN DEL ACTO QUINTO



## ACTO SEXTO

Una sala en el Louvre. Puerta al foro y otras dos en primer y segundo términos a derecha e izquierda.

### ESCENA PRIMERA

SAVOISY y PIERREFONDS

- SAV. ¿No vais a recibir al rey, sir Pierrefonds?  
PIERRE. Le he visto, pero sin llegar a él, pues no he querido mezclarme entre el populacho y he retrocedido a fin de aguardarle aquí.
- VOCES (Fuera) ¡Viva el rey! ¡Viva el rey!  
SAV. ¿Oís los gritos? No me sorprenden.  
PIERRE. Vuestra sorpresa hubiera sido si, como yo, hubierais visto quien lleva el rey a su izquierda.
- SAV. Quien puede ser más que Gualtero, el capitán de guardias de la reina.  
PIERRE. Os engañáis. No se le ha visto en parte alguna. A la izquierda del rey cabalgaba ese capitán italiano que fué ayer precisamente arrestado en la puerta del Louvre por el capitán Gualtero.
- SAV. ¿Cómo es posible?  
PIERRE. Os convenceréis por vuestros propios ojos.  
SAV. ¿Y qué decís a todo eso?  
PIERRE. Que vivimos en tiempos bien extraños. Ayer, arrestado el capitán, y hoy, tal vez primer ministro. Parece como si Dios abandonara los destinos de Francia concediéndoselos al diablo.
- VOCES. (Fuera.) ¡Viva! ¡Viva el rey!  
PIERRE. Oid al pueblo cómo vitorea al rey, sin importarle quién sea el primer ministro.

## ESCENA II

Dichos; MARGARITA y BURIDAN.

BUR. Acordaos de nuestro convenio: desde hoy, sólo los dos gobernaremos en Francia.

MARG. Desde hoy ocuparás conmigo un puesto en el Consejo.

## ESCENA III

Dichos; GUALTERO por una puerta y LANDRY por otra

BUR. ¡Landry!...

GUAL. ¿Buridán aquí? (A Margarita.)

MARG. (Bajo.) Silencio. (Alto.) Gualtero, venid a besar la mano a nuestro rey. (Bajo.) Calla, yo te amo y te amaré siempre. Retírate. (Vase Margarita.)

LAND. ¡Voy, capitán!

BUR. Ya ves. ¿Y la caja?

LAND. ¿Y el resto de lo ofrecido?

BUR. Ven esta noche a la posada.

LAND. Allí os entregaré la caja.

BUR. Mucho he de preguntarte.

LAND. Acerca de todo os contestaré. (Vase. Vase también Buridán.)

## ESCENA IV

SAVOISY, PIERREFONDS, GUALTERO y nobles

SAV. ¿Pero dormimos o estamos despiertos, señores? Yo no me separo de aquí. Alguien cuidará de despertarme si duermo o me pondrán a la puerta de la calle, pero quiero saber cómo acaba todo eso.

PIERRE. Tal vez Gualtero nos sacará de la incertidumbre. ¿Qué nos dices a todo lo que sucede?

GUAL. Dejadme, señores, os lo suplico; yo no sé nada, absolutamente nada.

SAV. Se abre la puerta. (Aparece el oficial con un

OFICIAL ¿Sir Pierrefonds? pliego.)

PIERRE. Soy yo.

OFICIAL Tomad. Orden del rey. (Vase.)

PIERRE Orden de trasladar a Marigny de Vicennes a Mont-Faucon!...

- SAV. La primera sentencia que ha firmado el rey a su llegada. La cosa promete; os doy la enhorabuena por la comisión.
- PIERRE. Hubiera preferido otra, a decir verdad. Pero debo cumplirla sea la que sea. Adiós, señores. (Vase foro.)
- SAV. Por lo menos ya sabemos a qué atenernos respecto a este punto. Que el primer ministro será ahorcado. Ya el rey ha prometido al pueblo hacer algo en su favor.
- OFICIAL (Aparece de nuevo.) ¿El señor conde de Savoisy?
- SAV. Aquí estoy. ¿Qué se ofrece?
- OFICIAL Un despacho del rey. (Se lo da y vase.)
- SAV. ¡El rey me nombra capitán de guardias!... No sabía que hubiera una plaza vacante. Esto va haciéndose cada vez más incomprendible. En fin, señores: el rey es un gran rey, y su primer ministro un grande hombre. (Vase.)
- OFICIAL ¿Gualtero d'Aulnay? (Con otro pliego)
- GUAL. ¿Qué se ofrece?
- OFICIAL Tomad, un real despacho. Podéis retiraros, señores; el rey no recibirá después del Consejo. (Vase. Vanse todos menos Gualtero.)
- GUAL. (Leyendo el despacho.) «Despacho real concediendo al caballero Gualtero d'Aulnay la comandancia del condado de Champagne.» ¡A mí la comandancia de una provincia! ¡Orden de abandonar mañana a París y marchar a Troyes!... ¡Dejar yo París!... ¡Y esto es lo que se me ha prometido! Sólo hallo decepciones a mi alrededor. Cuando la felicidad se halla al alcance de mi mano, se evapora como un fantasma.

## ESCENA V

GUALTERO y MARGARITA

- MARG. ¡Gualterol!...
- GUAL. ¿Vos al fin, señora?
- MARG. ¡Silencio!
- GUAL. Demasiado he callado ya, y es preciso que

hable aunque tenga que costarme cada palabra un año de mi vida. Os estáis burlando de mí, señora, que de tal modo me hacéis una promesa como me faltáis a ella. No soy otra cosa que vuestro juguete, un niño con el cual pensáis divertirlos. Ayer me jurabais que nada del mundo nos separaría, y hoy día... me mandáis a una provincia lejana, separándome de vuestro lado.

- MARG. ¿Recibiste la orden del rey?  
GUAL. Vedla. (La rompe.)  
MARG. Moderaos.  
GUAL. ¿Y podéis aprobarla?  
MARG. Me he visto obligada a ello.  
GUAL. ¿Y quién puede obligar a una reina?  
MARG. Un demonio que tiene poder para tanto.  
GUAL. ¿Quién es? ¡Hablad!  
MARG. Obedecedme, y tal vez mañana pueda descubrirlos el enigma.  
GUAL. ¿Y debo retirarme tan sólo con tan débil esperanza?  
MARG. No partirás, pero ahora vete, es preciso.  
GUAL. Volveré, necesito una explicación de este secreto.  
MARG. Sí, sí, vuelve, pero márchate ahora; es preciso; alguien se acerca.  
GUAL. Adiós, no olvides tu promesa. (Vase.)  
MARG. Ya era tiempo.

## ESCENA VI

MARGARITA Y BURIDAN

- BUR. Perdóname si vengo a interrumpir tu despedida.  
MARG. Te engañas.  
BUR. ¿No es Gualtero quien se aleja de aquí?  
MARG. Sí, era él, pero creíste mal al figurarte que le despedía.  
BUR. ¿Y eso?  
MARG. Porque Gualtero no partirá.  
BUR. El rey lo ordena.  
MARG. Y yo me opongo.

- BUR. Margarita: ¿olvidaste nuestro convenio?  
MARG. Prometí hacerte ministro; he cumplido mi palabra. Tú me prometiste, en cambio, que conservarías a Gualtero a mi lado, y pretendes faltar a tu palabra.
- BUR. Hemos dicho: la Francia para los dos, y no para los tres. Este joven no puede conocer nuestros secretos, esto es imposible, como imposible es que el poder sea para los tres.  
MARG. Así debe ser.
- BUR. ¿Olvidaste que estás en mi poder?  
MARG. Tenía a Buridán preso, pero no a Leoncio de Bournonville primer ministro.
- BUR. ¿Por qué razón?  
MARG. Porque ahora no puedes perderme sin perderte a la vez.
- BUR. ¿Y crees que me hubiera detenido?  
MARG. Ayer no, pero hoy sí. Ayer poco tenías que perder, y en cambio confiabas ganar mucho. Hoy, que tienes vida, honores y riquezas, no te expondrás a perderlos junto con la vida. Estamos los dos en la cima de una cumbre resbaladiza y escarpada; será mejor que nos sostengamos mutuamente antes que amenazarnos.
- BUR. ¿Tanto quieres a ese joven?  
MARG. Más que a mi vida.
- BUR. ¡Amor en el corazón de Margarita!... Yo creía que se podía exprimir y retorcer sin que de él brotara un sentimiento humano. Margarita, te creí un demonio, cuando en realidad no eres otra cosa que un ángel extraviado.
- MARG. Si no es amor, inventa un nombre, el que quieras, para designar mi flaqueza; pero que no se vaya, te lo suplico.
- BUR. (Serían dos contra mí, y es demasiado.)  
MARG. ¿Qué dices?  
BUR. (O les pierdo o estoy perdido yo.) ¿Que no parta Gualtero?  
MARG. Sí, es lo único que te ruego.  
BUR. ¿Y si yo tuviera celos de él?

MARG. ¿Tú celos?

BUR. Sí, el recuerdo de nuestros pasados amores me hacen intolerable la idea de que te ame otro hombre. ¿Y si lo que tu has creído ambición, odio o deseo de venganza no fuera otra cosa que la llama de amor mal extinguido y que se reproduce con toda su fuerza? ¿Si yo te lo sacrificara todo, todo, a cambio de mis antiguos derechos, de una de aquellas noches que el paje Leoncio se deslizaba a tu lado? ¿Si yo te dijese que el afán por elevarme al poder no reconocía otro objeto que acercarme a ti? ¿Si yo pusiera en tus manos los medios en que fundo mis esperanzas de ambiciones, para probarte que en ti sólo fundo mis sueños de gloria, consentirías en separarte de él? ¿Hablas sinceramente o te burlas?

MARG.

BUR. Haz que yo pueda verte esta noche, y te entregaré las cartas. No es una entrevista para dirigirte cargos ni amenazas, sino para recordar lo mucho que te amé. Me entregaré a tus manos, me despojo de todo, podrás perderme mañana si quieres.

MARG. Ya sabes que en palacio me sería imposible, aun cuando quisiera complacerte.

BUR. Tú sales cuando quieres.

MARG. ¿Dónde puedo verte?

BUR. En la torre de Nestle.

MARG. ¿Irás?

BUR. ¿Acaso no fui cuando no sabía lo que en ella me aguardaba?

MARG. (El mismo se me entrega.) Oye, Buridán: ¡será tal vez en mí una extraña flaqueza; pero me recuerdas tantos momentos de felicidad!.. ¡Tu voz despierta en mi corazón tan dulces recuerdos que creí ya muertos para siempre!

BUR. ¡Margarita!...

MARG. ¡Leoncio!...

BUR. ¿Partirá Gualtero mañana?

MARG. Esta noche te lo diré. Aquí tienes la llave

de la torre. Ahora debemos separarnos, adiós. (¡Ah Buridán, no escaparás esta vez de mis manos! (Vase.)

BUR. Esta es la llave de tu sepulcro, Margarita; pero queda tranquila, no te encerraré sola en él. (Vase.)

### ESCENA VII

MARGARITA aparece y llama a una puerta lateral, por la cual aparece MARGARITA y ORSINI

MARG. ¡Orsini! ¡Orsini!...

ORSINI ¿Qué se ofrece, reina y señora?

MARG. Esta noche irás a la torre de Nestle con cuatro hombres armados.

ORSINI ¿Tenéis algo más que decirme?

MARG. Nada por ahora. Allí te daré mis órdenes. (Vase Orsini. Margarita mira en derredor recelosamente.) Nadie; mejor. (Vase.)

### ESCENA VIII

BURIDAN y luego SAVOISY

BUR. (Yendo a otra lateral que Marg.) ¡Conde de Savoisy!

SAV. ¡Heme aquí, monseñor!

BUR. El rey se ha enterado, con gran sentimiento, de los asesinatos que se venían cometiendo en París desde hace algún tiempo, y como se cree que los criminales tienen sus reuniones nocturnas en la torre de Nestle, esta misma noche, a las nueve y media, os dirigiréis allí con una guardia de diez hombres, poniendo presas a cuantas personas se hallaren en aquel sitio, sean quienes fueren y el rango a que pertenezcan. Esta es la orden.

SAV. Poco tardé en entrar en funciones de mi nuevo cargo.

BUR. Y que por cierto será esta comisión la más importante que quizá desempeñaréis en vuestra vida.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEXTO



## ACTO SEPTIMO

Un aposento en la taberna de Pedro Bourgues. Puerta al foro. Mesa y sillas en primer término izquierda

### ESCENA PRIMERA

LANDRY junto a la mesa bebiendo

LAND. Doce marcos de oro, que hacen, si no me engaño, seiscientas diez y ocho libras torneas. Si el capitán me cumple su palabra y me da esta cantidad, a cambio de esa cajita por la cual yo no daría seis sueldos, será cosa de pensar algo en su recomendación, y puede que me decida a ser hombre de bien. Sí, sí, levantaré una partida, y mientras desbalijo lo que se presente, mi gente vivirá sobre el país. Es una gran vida, en la cual de nada se carece. Calle, aquí está el capitán.

### ESCENA II

LANDRY y BURIDAN

BUR. Vec que eres puntual.  
LAND. Os aguardaba ya.  
BUR. ¿Y bebiendo?  
LAND. No conozco compañía mejor que la del vino.  
BUR. Pues hay otra, y es ésta: (Sacando una bolsa.) el dinero con que se compra.  
LAND. Aquí tenéis vuestra caja.  
BUR. Y aquí lo ofrecido. (Dándole la bolsa.)  
LAND. Gracias.  
BUR. Ahora márchate por un momento, pues he citado a un joven aquí mismo y he obser-

vado que me seguía. En cuanto se marche sube otra vez, porque he de hablarte.

LAND. Sin duda es el que sube echando los boses por la escalera.

BUR. Déjame con él.

GUAL. ¿El capitán Buridán? (Al foro.)

LAND. Vedle, aquí está. (Vase.)

### ESCENA III

BURIDAN y GUALTERO

BUR. Yo creía que no os era desconocido mi nuevo título y mi nombre, señor Gualtero d'Aulnay; para que no os equivoquéis, sabed que desde esta mañana me llamo Leoncio Bournonville, y soy el primer ministro de Francia.

GUAL. Poco me importan vuestro nombre ni vuestro título. Yo no veo en vos otra cosa que un hombre, al cual otro hombre viene a reclamarle el cumplimiento de una promesa. Decidme si estáis dispuesto a cumplirla.

BUR. Os prometí daros a conocer el nombre del asesino de vuestro hermano.

GUAL. No es esto. Me prometiste otra cosa también.

BUR. Prometí también daros la razón por la cual Enguerrand de Marigny pasó en un día del Louvre a Mot-Faucon.

GUAL. Tampoco es eso; delincuente o no, Dios se encargará de juzgarle. Es otra cosa lo que me prometiste.

BUR. ¿Acaso deseáis saber por qué motivo es hoy primer ministro el hombre a quien ayer redujiste a prisión?

GUAL. Tampoco me importa que Dios o el demonio os den los medios para encumbraros. Secretos tal vez terribles son esos que no quiero profundizar. Mi hermano ha muerto, Dios le vengará! Marigny ha sido ajusticiado, Dios le juzgará. Vos sois primer mi-

nistro, poco me importa tampoco. Es otra cosa lo que me prometisteis.

BUR. No comprendo. Hablad.

GUAL. Me prometisteis que vería a Margarita.

BUR. Así, el amor que sentís por esta mujer ahoga en vos todos los demás sentimientos? El cariño fraternal no es más que una palabra, y las intrigas de la corte sólo un juego. ¡Sois bien insensato!

GUAL. ¡Repito que me prometisteis que vería a Margarita!

BUR. ¿Y acaso necesitáis de mí para algo? ¿No tenéis el paso franco por la puerta secreta, o bien teméis que, como la noche pasada, Margarita la pase fuera del Louvre?

GUAL. ¿Quién te lo ha dicho?

BUR. El mismo que pasó la noche a su lado.

GUAL. Estás blasfemando. Estás loco, Buridán.

BUR. Calma, amigo mío; repórtate, y deja tranquila la empuñadura de tu espada. En verdad es Margarita una hermosa y apasionada mujer, y merece lo que sientes por ella; pero oye: ¿qué te dijo al preguntarle la causa de la cicatriz que tiene en el rostro?

GUAL. ¡Dios mío! ¡Dios mío!... Tenedme de vuestra mano.

BUR. Sin duda te escribió alguna vez.

GUAL. Y a vos, ¿qué os importa?

BUR. ¿Es que su mágico estilo sabe pintar ardentemente la pasión, ¿no es cierto?

GUAL. Jamás tus condenados ojos vieron la letra de la reina.

BUR. (Abriendo la caja, saca una carta) ¿La reconocerías?... Lee... aquí firma «tu amada Margarita».

GUAL. ¿Qué veo? ¡Oh infierno!

BUR. ¿No es cierto que cuando, junto a ella, habla de amor, son dulces y arrebatadoras sus palabras? ¿que estremece de placer el acariciar sus sedosos cabellos, que ella voluptuosamente deja rozar por vuestra meji-

lla, y cuyo suave contacto enajena? (Le enseña una pequeña trenza de cabello.)

GUAL. ¡Sí, ésta es su letra, éste el color de su cabello. Dime que le has robado esta carta, que fuiste tú quien le cortaste el cabello contra su voluntad!

BUR. Puedes preguntárselo a ella misma; te prometí que la verías.

GUAL. ¡Al instante! ¡al instante!

BUR. Quizá no esté aún en el punto de la cita.

GUAL. ¡Una cita!... ¿A quién se la dió? Dime su nombre. ¡Ardo en deseos de beber su sangre!

BUR. ¡Ingrato!... cuando él mismo te cede su puesto.

GUAL. ¿A mí?

BUR. A ti, sí; sea por hastío hacia ella, sea por compasión hacia ti, no quiero ya nada con esa mujer; te la cedo, te la doy.

GUAL. ¡Ah! insolente! (Amenazándole con la daga.)

BUR. Reportaos.

GUAL. ¡Dios mío!... ¡Apiadaos de mí!

BUR. A las ocho y media te aguarda; ¿harás que sea en vano?

GUAL. ¿Dónde?

BUR. En la torre de Nestle.

GUAL. Está bien. (Haciendo ademán de salir.)

BUR. Olvidas la llave.

GUAL. Dame.

BUR. Oye una palabra.

GUAL. Di.

BUR. Ella fué la que mató a tu hermano.

GUAL. ¡Condenación!... (Vase.)

#### ESCENA IV

BURIDAN solo

BUR. Sí, reúnete con ella y perdeos los dos. Si Savoisy es tan puntual como ellos, no dejará de extrañarle la clase de los prisioneros. Ahora sólo me falta averiguar el paradero de aquellos dos desgraciados niños.

¡Oh! ¡Si tuviera la suerte de hallarlos, para compartir con ellos mi poder y mi fortuna!... Landry puede orientarme; yo le haré hablar sin que se aperciba. Ya está aquí.

## ESCENA V

BURIDAN y LANDRY

- LAND. ¿Tenéis alguna otra cosa que mandarme, capitán?
- BUR. No, nada... Oye, dime: ¿cuánto tiempo tardará este joven hidalgo en llegar desde aquí a la torre de Nestle?
- LAND. Como no hallará barca, le será preciso subir hasta el puente de los molinos; por lo menos, una media hora.
- BUR. Está bien; pon sobre la mesa este reloj de arena, y hablemos un poco de los tiempos pasados, mientras apuramos una botella. Aquellos tiempos en que nos conocimos, cuando la campaña de Italia. Acércate y bebe.
- LAND. ¡Qué tiempos aquéllos, y qué malditas guerras! Se pasaba el día en el campo de batalla peleando, y las noches en una continua orgía. ¿O; acordáis de aquella magnífica bodega del prior de Genes? Dimos fin de ella hasta la última gota. Se pasaba bien el tiempo, pero cometíamos graves pecados.
- BUR. A nuestra muerte se pondrán en una balanza nuestras malas acciones, y en otra las buenas; porque supongo que algo habrás hecho bueno en este mundo.
- LAND. Sí, alguna obra meritoria podré poner en el platillo, y espero con ellas...
- BUR. Cuéntame alguna, a ver (Beben.), para que pueda juzgar.
- LAND. En el proceso de los Templarios, que tuvo lugar a principios de este año, faltaba un testigo para que triunfara la causa de Dios

y sentenciasen al gran maestre Jacques de Molay. Un santo benedictino me echó el ojo; él mismo me dictó el falso testimonio, y yo lo repetí, palabra por palabra, como si todo lo que decía fuese verdad. Al otro día, los herejes fueron quemados, para mayor gloria de Dios y de nuestra santa religión.

BUR. Sigue, valiente Landry... Me contaron cierta historia de unos niños... (Beben.)

LAND. Sí; fué en Alemania. ¡Pobres angelitos! A estas horas, a buen seguro que están allá arriba rezándole a Dios por mí. Figuraos, capitán, que íbamos persiguiendo a unos gitanos, gente toda herejes y paganos; abandonaron una aldea dejándola pasto de las llamas. Entramos en ella, y en una casa medio incendiada hallé un niño gitano abandonado. Miro a mi alrededor, no veo a nadie, y descubro en un recodo una vasija con agua. Le bautizo en un santiamén y hétele cristiano. Iba ya a dejarle en sitio seguro donde no pudiera alcanzarle el fuego, cuando reflexioné que al día siguiente podrían llegar sus padres, y se iría al diablo todo el bautismo. Entonces le dejé en su propia cuna, salí cerrando la casa, y al poco rato era todo pasto de las llamas.

BUR. ¿Y el niño murió abrasado?

LAND. Naturalmente; pero el chasco debió ser el que se llevó el diablo, cuando, creyendo hallar un alma infiel, debió quemarse los dedos al hallarla cristiana.

BUR. Sí, ya veo que has tenido siempre una religión muy bien entendida. Pero yo quería hablarte de otros niños... de unos niños que Orsini...

LAND. ¡Ah!... Sí; ya sé de lo que queréis hablar, ya recuerdo.

BUR. ¡Ah!

LAND. Eran dos tiernas criaturitas que me entregó Orsini para que las arrojase al río, pero

me dieron lástima, y como me aseguró que las había ya bautizado, quise conservarles la vida.

BUR. ¿Qué hiciste de ellos?

LAND. Los dejé depositados junto a la puerta de Nuestra Señora.

BUR. ¿Y nada supiste luego?...

LAND. Sólo me consta que alguien debió recogerlos, pues por la noche no estaban en aquel sitio.

BUR. ¿Y no dejaste señal alguna para que pudieran algún día ser reconocidos?

LAND. Sí que se la dejé, y por cierto que bien lloraron los pobrecitos; pero era por su bien... Con mi puñal les marqué a los dos una cruz en el brazo izquierdo.

BUR. ¡Una cruz! ¿Una cruz en el brazo izquierdo?... No, no puede ser; ¡dime que no era una cruz lo que les marcaste, sino otra cosa distinta!

LAND. Digo que fué una cruz y no otra cosa, que fué en el brazo izquierdo y no en otro alguno.

BUR. ¡Oh! ¡Desgraciado!... ¡¡Desgraciado de mí!!  
¡Hijos míos!.... ¡Felipe!.... ¡Gualtero!....  
¡Muerto el uno, y cerca el otro de la muerte! ¡Los dos asesinados!... ¡Por ella uno, y por mí mismo el otro! ¡Justicia de Dios!  
¡Landry! ¿Dónde hallaríamos una barca, a fin de llegar a la torre de Nestle antes que este joven que viste alejarse de aquí?

LAND. En casa de Simón el pescador.

BUR. Vamos en busca de una escala, toma también una espada y sígueme.

LAND. ¿A dónde, capitán?

BUR. ¡A la torre de Nestle, desgraciado!

TELÓN

FIN DEL ACTO SÉPTIMO



## ACTO OCTAVO

La misma decoración del acto segundo.

### ESCENA PRIMERA

MARGARITA y ORSINI

- MARG. Te comprendo, Orsini, pero este nuevo crimen, que será el último, le es preciso a nuestra tranquilidad. Este hombre posee todos nuestros secretos, y están nuestras vidas en sus manos. Si yo no hubiera satisfecho sus ambiciones ya nos habría perdido a estas horas.
- ORSI. ¡Acaso el diablo le ha instruído!...
- MARG. Lo cierto es que me ha humillado, me ha escarnecido, y he tenido que acceder a todo, pues podría perderme cuando se le antojase. Sin embargo, ha cometido la imprudencia de pedirme una cita para esta noche, aquí mismo. Ya ves, pues, que él mismo se nos entrega, y algo puede servir en descargo de nuestra conciencia. Ha sido él mismo quien se tejió el lazo.
- ORSI. Es verdad, pero hora es ya de que terminen tantos horrores, tanta sangre derramada, y podamos vivir tranquilos lo que nos resta de vida.
- MARG. Pero nuestra tranquilidad no es posible mientras este hombre no deje de existir. Mientras él viva, ni yo seré reina, ni seré dueña de mi vida y mis riquezas. Con la muerte de este hombre darán fin las sangrientas orgías de la torre de Nestle, y de-

jará el Sena de arrojar más cadáveres a la orilla. Yo recompensaré tus servicios con el oro que quieras, y serás libre de seguir en Francia o trasladarte a la bella Italia. Haré arrasar la torre. Erigiré en su sitio un convento, y dotaré a una comunidad de religiosos para que constantemente le pidan a Dios el perdón de nuestros crímenes. Pero para todo eso es necesario que muera este hombre.

ORSI. ¿Hábéis dicho que posee todos nuestros secretos?... ¿Por dónde debe penetrar en la torre?

MARG. Por esta escalera.

ORSI. ¿Y vendrá solo?

MARG. Te lo juro.

ORSI. Voy a apostar mi gente. Callad, oigo ruido de remos en el río. (Va a la ventana.) Sí, se acerca una barca conduciendo dos hombres.

MARG.. No hay duda, es uno de los dos. No hay tiempo que perder. Ve y cierra por dentro, que no pueda llegar hasta mí. No quiero, no quiero verle. Tal vez posee todavía algún secreto cuya revelación le salvaría nuevamente la vida. Vé, y enciérrame. (Orsini vase por la derecha y cierra la puerta.)

## ESCENA II

M A R G A R I T A

MARG. ¡Ah! ¡Gualtero!... mi dulce bien querido... y este hombre pretendía separarnos. Le di cuanto oro apetecía, le colmé de honores, pero ha pretendido arrebatarme mi supremo bien, el amor de Gualtero, y esto le cuesta la vida. ¡Ah Buridán! ¡Ah Leoncio de Bournonville! ¡Vuelve al infierno, de donde saliste sin duda para ser mi eterna condenación! (Va a la puerta.) ¿Nada se oye aún?... ¿Tendrá medio de salvarse también esta vez?...

ESCENA III

Dicha y BURIDAN en la ventana.

- BUR. (Como si hablara con alguien de fuera.) Sí, ya he llegado.
- MARG. ¿Qué? ¿Un hombre en la ventana?...
- BUR. ¡Margarita!...
- MARG. ¡Buridán!... ¡maldición!
- BUR. ¡Sola... sola aún... gracias, Dios mío!
- MARG. ¡Oh! ¡Orsini! ¡Orsini!...
- BUR. No, no grites, no llames; nada temas, pero óyeme siquiera dos palabras.
- MARG. ¿Con qué intenciones penetras por la ventana?
- BUR. Te lo diré, pero ante todo es preciso que te hable; los momentos son preciosos. Cada minuto que perdemos es un tesoro que arrojamos al vacío. Oyeme.
- MARG. ¿Vienes para amenazarme de nuevo, a imponer otras condiciones aún?
- BUR. No, no, nada debes temer de mí. Toma, aquí tienes mi espada, te la entrego; aquí tienes también mi puñal; toma ese paquete de cartas: son todas mis pruebas. Puedes matarme, estoy indefenso. Quema las cartas, y puedes dormir tranquila sobre mi tumba. No vengo en son de amenaza. Vengo a decirte... ¡oh, si tú supieras lo que vengo a decirte! Es lo que aun puede darnos la dicha y ventura, a nosotros, que debiéramos estar malditos por nuestros crímenes.
- MARG. Habla, no comprendo.
- BUR. Margarita, nada queda en tu corazón. ¿No hay en él ningún sentimiento de mujer y de madre?
- MARG. ¿A qué tal pregunta? Habla.
- BUR. Aquella joven que yo conocí, ¿han llegado en ella a ser insensibles en su ánimo los sentimientos sagrados para Dios y para los hombres?

MARG. ¿Y eres tú quien así me habla? ¿Tú de sentimientos sagrados?... ¡Satán trocado en predicador!

BUR. Poco me importa el nombre que quieras darme mientras escuches cuanto voy a decirte. ¿No tuviste jamás un instante de arrepentimiento?... Háblame como si ante Dios hablaras, porque, como él, puedo yo en este momento concederte la felicidad o arrojarte a la desesperación. Olvida cuanto ha pasado entre los dos. Acuérdate sólo de lo que me quisiste en otro tiempo, y dime si no sientes el deseo de confiar a alguien cuanto desde entonces has sufrido...

MARG. Sí, pues son de tal naturaleza mis sufrimientos, que ni aun al mismo confesor me atreví a revelarlos jamás. Sólo a ti, mi cómplice, podría dar a conocer mis secretos. Sí, Buridán, o Leoncio, todos mis crímenes provienen de mi primera falta. Si la hija no hubiera faltado a sus deberes no habría cometido su primer crimen, cuyo solo recuerdo me horroriza. A fin de apartar toda sospecha que sobre mí pudiera recaer, tuve luego que abandonar a mis hijos. Sólo vertiendo a torrentes la sangre he pretendido acallar la voz de mi conciencia, que incesantemente me gritaba: ¡Parricida! Desde entonces mis eternas luchas, mis noches de terribles insomnios, espectros ensangrentados que en mis sueños me amenazan. Este ha sido el fruto de mi primera falta, de tu amor.

BUR. ¿Y si hubieras visto ante ti a tus hijos?

MARG. ¡Oh! Si me hubiera oído llamar alguna vez madre mía, ¿cómo hubiera sido posible que acariciara tantos proyectos de sangre y de venganza? Sin duda ellos me habrían restituido a la virtud. ¡Pero yo no pude conservarles a mi lado!... ¡Hijos míos! ¡Ni mis labios se atrevían a pronunciar tan dulce nombre!

- BUR. ¡Desgraciados!... Tan cerca que los has tenido, y una secreta voz no te dijo: «Margarita, aquí tienes a tus hijos».
- MARG. ¿Cerca de mí?
- BUR. Uno de ellos, ¡desventurado!, le has visto a tus pies, mientras pedía gracia al puñal de sus asesinos. Tú presenciaste su agonía; oíste sus voces de dolor, y, en vez de reconocer al hijo de tu corazón, dijiste: «¡Herid! ¡Matadle!»
- MARG. ¿Yo... yo? ¿Dónde?
- BUR. En este mismo sitio.
- MARG. ¿Cuándo?
- BUR. Hace dos días.
- MARG. ¡Felipe d'Aulnay! ¡Santo Dios!
- BUR. Este era uno: ¿adivinas ahora quién es el otro?
- MARG. ¡Gualtero!...
- BUR. ¡El amante de su propia madre!
- MARG. ¡Oh, no, no, te lo juro! Puedo llamarle hijo mío, y puede él apellidarme madre. Dios, tal vez, ha encendido en mi corazón hacia él esta pureza de cariño con que siempre le amé. ¡Oh, gracias, gracias, Dios mío!
- BUR. ¿Es eso verdad?
- MARG. Te lo juro por la salvación de mi alma.
- BUR. ¿Y ahora, Margarita, me perdonas? ¿Ves en mí todavía un enemigo?
- MARG. ¡Oh, no, no! sólo veo al padre de mi hijo.
- BUR. Así podemos aún ser dichosos. Ya se extinguieron en nosotros nuestros deseos de ambición. Se acabaron nuestras luchas. Nuestro hijo será el lazo que nos una desde hoy, y nuestros secretos quedarán guardados entre los tres.
- MARG. ¡Oh, sí, sí!...
- BUR. ¿Crees que puede haber aún felicidad para ti en esta vida?
- MARG. Sí, lo creo; la alcancé cuando menos lo esperaba.
- BUR. Sólo una cosa nos falta.
- MARG. Ver a nuestro hijo entre nosotros.

- BUR. Poco tardará.  
MARG. ¿Cómo?  
BUR. Le entregué la llave que tú misma me diste para penetrar en la torre.  
MARG. ¡Maldición!... como creí que serías tú quien por allí penetrara, dejé apostada... gente para que acabaran contigo.  
BUR. ¡Ah! ¡Si conocía yo tus propósitos, Margarita! (Oyese un grito.)  
MARG. ¡Su voz!... ¡es él!... ¡y le matan!  
BUR. ¡Corramos! (Dirigiéndose a la puerta.)  
MARG. ¿Quién hizo cerrar esta puerta? ¡Oh! ¡Yo misma!... ¡Orsini... Orsini... no le hieras! ¡Desgraciado!...  
BUR. ¡Puerta del infierno! ¡Ah hijo! ¡Hijo mío!  
MARG. (Gritando.) ¡Gualtero!  
GUAL. (Dentro.) ¡Socorro!  
BUR. ¡Orsini! ¡Orsini de los diablos!

#### ESCENA IV

Dichos; ábrese la puerta y entra GUALTERO herido y tambaleándose, viniendo a caer en proscenio.

- MARG. y BUR. ¡Ah!...  
GUAL. ¡Margarita!... ¡Margarita! ¡Aquí tienes la llave de la torre!  
MARG. ¡Desgraciado!... ¡desgraciado! Soy tu madre...  
GUAL. ¿Mi madre?... pues bien, madre: ¡maldita seas!  
BUR. (Examinándole el brazo.) ¡Aquí tiene la señal! ¡Era él!... Un asesino te salvó la vida, y a manos de otro asesino mueres.  
MARG. ¡Oh! ¡Favor, favor!...

#### ESCENA V

Dichos; SAVOISY, ORSINI y guardias.

- ORSINI Ved, monseñor: aquí están los verdaderos asesinos; son ellos, no nosotros.

- SAV. Quedáis mis prisioneros.  
MARG. ¿Prisioneros nosotros? (A Buridán.) ¿A mí, a la reina?  
BUR. ¿Y yo, su primer ministro?  
SAV. En este momento no hay aquí reina ni primer ministro. Sólo un cadáver y dos asesinos. En la orden firmada por el rey se me previene que esta noche arreste a cuantos halle reunidos en la torre de Nestle, sean quienes quieran sus personas. Debo, pues, cumplir la orden del rey.

TELÓN

FIN DEL DRAMA

# BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21.—BARCELONA

---

## OBRAS PUBLICADAS

1. La princesa del dollar
2. La ola gigante
3. El señor Conde de Luxemburgo
4. Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes
5. El Sol de la Humanidad
6. Zazá
7. Mujeres vienesas
8. Hamlet
9. Giordano Bruno
10. El nido ajeno
11. El rey
12. Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV
13. Los Miserables
14. La ladrona de niños
15. Los dioses de la mentira
16. Cristo contra Mahoma
17. Juventud de príncipe
18. Juan José
19. La sociedad ideal
20. La cizaña
21. Entre ruinas
22. La vida es sueño
23. Sabotage  
Pasa la ronda
24. Magda
25. El papá del Regimiento
26. El Alcalde de Zalamea
27. Los dos pilletes
28. D. Juan de Serrallonga
29. El rey Lear
30. Espectros
31. Las Cigarras Hormigas
32. El registro de la policía
33. El vergonzoso en palacio
34. La fuerza de la conciencia
35. Aurora
36. Eva
37. El bufón
38. El cuchillo de plata
39. Nick Carter
40. La cena de los cardenas—Justicia humana! les
41. El señor feudal
42. El veranillo de S. Martín
43. El desdén con el desdén
44. Cuento inmoral  
Amor de amar
45. La dama de las camelias
46. La domadora de leones
47. Los dos sargentos franceses
48. El Místico
49. García del Castañar
50. La fierecilla domada
51. El honor
52. El sí de las niñas
53. María Antonieta
54. La viuda alegre
55. El conde de Montecristo
56. Oteló
57. El barbero de Sevilla
58. Daniel
59. Pecado de juventud
60. Nadie más fuerte que Sherlock Holmes
61. La muerte civil
62. La apuesta de Don Juan Tenorio
63. Sor Teresa o El claustro y el mundo
64. La niña boba
65. El pan de piedra
66. Romeo y Julieta
67. Los Reyes ante la Inquisición
68. Felipe Derblay
69. Los malos pastores
70. Huyendo del nido
71. Nuestra Señora de París
72. Ana Karenine
73. Margarita de Borgoña





Precio : DOS pesetas